NOSOTROS

DEL LADO DE AFUERA

FRAGMENTO (1)

...Un día, por fin, Jehovah pidió armisticio para tratar de las condiciones de paz: cansábale una lucha en que siempre llevara la peor parte.

Satanás concedió el armisticio y nombró los plenipotenciarios que debían sostener sus principios y sus derechos.

—Los debates serán largos — pensaba, — y del modo como va el mundo, este compás de espera no hará sino conquistarme nuevos partidarios, los mismos que perderá mi gran enemigo. «Qui dura vincit» es hoy, todavía, el apotegma de sus sacerdotes.

La conferencia se inició en un sitio neutral, equidistante del cielo y el infierno; algunos autores afirman que en París.

Como los diplomáticos no llegaban á entenderse y amontonaban cordilleras de inútiles proyectos de protocolo, la prensa imparcial acusaba á negros y blancos de eternizar la cuestión para mantenerse en un puesto que, más que cargo oficial era suntuosa canongía.

Jehovah, enervado, retiró, pues, sus ministros, no sin ordenarles antes que le prepararan una entrevista final con Satanás.

(1) De un libro en preparación

Ni en el cielo ni en el infierno se ha adoptado aún el régimen democrático, ni existe el sistema parlamentario, aunque se simule el representativo. Los dos reinos, el de la luz y el de las tinieblas, son todavía simples autocracias, de modo que lo resuelto por ambos soberanos tendría fuerza de ley, sin otra sanción posterior ó previa...

Ocioso sería reproducir aqui los detalles exteriores de la entrevista, el ceremonial, el acuerdo á que se arribó protocolarmente, porque las crónicas de la época están atestadas de esas puerilidades, y todo el mundo recuerda que ambas potencias declararon mantener el «statu quo» por tiempo indeterminado, vale decir hasta una posible pero no probable denuncia del convenio.

El fondo de la verdad es muy distinto. Hubo entre ambas altas partes contratantes, un tratado secreto, jurado en una conferencia íntima, — creemos que á la mesa, — sin testigo alguno ni otra prenda de garantía que la forzosa buena fé de los interesados. Como todo llega á saberse, tenemos hoy la satisfacción de ofrecer á los lectores un resumen exacto de tan trascendente coloquio, afirmando la extricta fidelidad del sentido de cada frase que, en cambio, no puede ser textual.

—Permíteme decirlo: tu soberanía sobre el hombre se debilita y decae cada vez más, hasta el extremo de que, dentro de poco, ya no contarás con un solo partidario en la tierra.

—Mi previdencia me lo indica. Pero... nunca anteví por ella que en el mundo mi poder inmutable así decline y mis axiomas «ad absurdum» sean. Como cuando Moises, ante el becerro quebró las tablas de la ley, me hallo de nuevo en una crisis... Mas ¡qué importa! ¡Al vulgo ignaro arrastre el torbellino! La reacción vendrá. ¡Triunfo con ella!

— Te ciegas voluntariamente, tú que puedes leer en lo futuro; te ciegas como esos pobres monarcas de la tierra que siempre están esperando lo inesperado, la casualidad, el azar favorable. Ni aun quieres ver la verdad actual: la inmensa mayoría, resuelta, con que cuento, la que sería casi unanimidad agregándole los innumerables aparentes partidarios tuyos que, en realidad, secundan mi política.

—Admitiendo un instante que tal fuese la verdad, dí, Satán ¿y por qué medios has conseguido conquistar los hombres?

—Por ninguno. Mi popularidad viene de los errores de mi adversario, vale decir de tí. Yo no soy omnipotente,

no tengo el gobierno: simbolizo, sintetizo la oposición. Cuanto más yerra un gobierno, más opositores se levantan contra él. Yo he ido acaparando los tuyos. Eso es todo.

—¡Oh Réprobo! ¿Y qué son, al juicio tuyo esos errores míos, principales?

—Dos, que te diré porque ya no te es posible corregirlos. O, más acertadamente, uno solo que parece doble porque lo constituye una contradicción.

—Habla. Te escucho.

—Haber dado al hombre la razón y haberle impuesto la fé. Permíteme decirte que este fué tu mayor contrasentido. Si querías que el hombre te sirviese exclusivamente, sobraba la razón, en particular si habías de imponerle dogmas que la razón repudia. Si querías dejarlo en completa libertad, la fé estaba de sobra, porque la fé, en las condiciones impuestas por tí, era una intolerable tiranía... Y una tiranía tanto más fácil de sacudir cuanto que el tirano permanece invisible y no manifiesta su poder.

—¡Oh, la razón, la fé! ¡Satán, tú mismo, tu mismo diste á luz esa antimonia con el fruto del arbol de la ciencia!

—Porque tu lo permitiste, y — perdona mi franqueza — permitirlo era ordenarlo. Un padre que no quiere la muerte de su hijo no deja que lo tiren por el balcón si tiene inteligencia bastante para prever lo que ocurrirá. ¡Vamos! Tu creaste la ciencia y la duda al dotar de cerebro al hombre; yo no he tenido más que dejar que esos explosivos operaran para recoger luego tus opímos despojos, y si mi popularidad y mi poderío te molestan hoy, á nadie sino á tí mismo puedes culpar... Y, sin embargo, pese á ocurrencia tan peregrina, pese á error tan grave, podrías haber evitado aun el desprestigio en que ha caido tu autoridad.

—Supongo que mostrándome á los hombres.

—Supones bien!

—Ya se mostró mi Hijo, que á la tierra bajó, por redimirlos con su sangre!

—No le habías dado suficientes poderes y ninguna autoridad le reconoció. Actualmente su filiación se discute cada día más. Te equivocaste al no revestirlo de toda la magestad divina. Tanto es así, confiésalo, que la humanidad no está redimida. ¿Que del pecado original? «Subconditione». Pues ¿y los demás pecados? ¡Pobres hombres! Les hiciste saltar el primer barranco, pero les llenaste de precipicios, despeñaderos y pozos ciegos el ca-

mino hasta tí. Cuando uno desea realmente hospedar á un amigo ó á un simple viandante, no le dificulta el acceso á su puerta.

—Basta, basta, que estamos pareciendo un par de superhombres metafísicos!.... Yo solo exijo al ser — pero rodeando tal sencillez de algunos requisitos — que crea en mí, Verdad, Camino, Vida!

—Yo no exijo ni eso.

—Y, paternal, en cambio le prometo...

—Yo no le prometo nada.

—Pero, si no creyera, en su pecado tendrá como castigo las eternas devoradoras llamas del infierno!

—No las teme, porque no cree en la existencia del infierno, como no cree en mi propia existencia... que yo mismo pongo en duda, sea dicho de paso. Ese maravilloso don tuyo, la razón, ha conducido á los hombres á una conclusión inesperada: la de considerar que, en el mejor de los casos, eres más bondadoso, más paternal, más tierno de lo que pretendes ser, y en el peor mucho más indiferente de lo que te muestras. Porque, fuerza es decirlo, el hombre en general se aferra á la creencia como á una necesidad imperiosa.

—Yo soy Dios, tu Señor, fuerte, celoso... ¡Y decir que me ignoras ó me niegas, insecto vil que modelé en arcilla!

—Y eso qué puede importarte en tu infinita grandeza? En la Tierra misma hay varones justos y sensatos que desdeñan los pareceres ajenos y no tratan de imponer, ni de pedir que se les respete, se les crea ó se les ame aunque tengan la evidencia de su superioridad. Se contentan con ser y saber.

—Basta, repito, que esta controversia, de sofistas parece. A lo concreto vamos, Satán... Supon que de la lucha cansado, unos instantes me retiro y te cedo el imperio de la tierra... ¿Cómo vas á premiar, dime, á tus fieles?

—Mira en torno tuyo y hallarás la respuesta en los hechos. No los premio porque no necesitan premio. No los castigo porque no necesitan castigo.

—La tierra será entonces semillero de vicios y crímenes! La miro como sangriento campo de batalla! Va á convertirse en antro de injusticias, de blasfemias, de odios!.. ¡No! No quiero antever esta vez en lo futuro!

—Haces mal. Verías la humanidad marchando hacia una meta precisamente opuesta á la que crees. No reinan ya sobre ella los vicios y los crímenes con el absolutis-

mo de otros días que, según parece, consideras mejores. No, ella misma se encarga de obstaculizarlos ó de reprimirlos, proclamando su legítimo derecho de defensa. No blasfema, porque la blasfemia es una afirmación al revés, y ella se limita á dudar. La justicia se impone á ella cada día con mayor imperio, como una exigencia de la salud social, y junto con la justicia comienza á imponerse su consecuencia lógica — y tan bella, — la equidad hasta hoy desdeñada como utopía inasequible, — la equidad cuyo triunfo hará á los hombres positivamente iguales, sin más deberes ni más derechos los unos que los otros. En vez del odio que reinó brutal en las edades pasadas, un espíritu de confraternidad que comenzó á flotar sobre el mundo hace poco más de un siglo, va agrupando á los hombres, primero en pequeños haces formados para la defensa de algunos pocos intereses comunes, luego en grandes colectividades, sin distinción de razas ni de fronteras, con propósitos siempre positivos, pero ya mucho más elevados y generales. En cuanto á la guerra, que aun revienta de vez en cuando como una vieja enfermedad de la sangre, ya no asoma nunca sin provocar de un polo al otro un clamor de protesta, un grito colosal de indignación.

—Te pretendes autor de obra tan alta?

—No. En realidad la hiciste tu al dar la razón al hombre, y hoy gozarías de tu triunfo á no ser por tus dogmas. Tus dogmas me dan la victoria, no mi acción.

—Derogarlos no quiero, aunque tú triunfes; sería como renegar mi Esencia! Infalible, inefable, omnipotente, cuanto hice, oh Satán, está bien hecho!

—Muy bien hecho, si quieres. Pero al hacerlo has abdicado de tu soberanía directa sobre el hombre. ¿Qué más natural, pues, que yo recogiera el cetro, decidido á conservarlo? Y en verdad te digo que no lo devolveré!

—Fué el acuerdo entre nos siempre imposible y sigues siendo el colosal Rebelde.

—No, Señor! Soy tu instrumento, soy tu ministro, tu mejor, tu único ministro de entretelones. Omniscio, me creaste en un momento de la eternidad, sabiendo y por lo tanto queriendo — has oido bien, «queriendo» — cómo debía ser, y qué debía hacer. Soy, pues, unicamente, una emanación tuya, una simple exteriorización de tu soberana voluntad. Y como tal te digo: «Tú me has dado el imperio del mundo, y yo te obedezco al conservarlo».

—Tienes razón, que la presente crisis de toda eternidad prevista estaba. Sigue, pues, modelando el microcos-

mos. En tus manos resigno tan pequeña parte de mi infinito poderío.

—Tú eres mi Creador.

—Se tú mi diestra!

—Mil y mil gracias. Pero no hagamos pública tu noble abdicación. Quedemos en aparente statu quo. Harto se ha calumniado mi modestia en tiempos de la Santa Inquisición. Harto, porque si en algo tengo el honor de parecerme á tí es en que los hombres no me han visto jamás.

Y tal fué el secreto convenio cuya revelación tenemos la fortuna de anticipar á nuestros lectores.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Bruselas, 1912.

ROSAL VIEJO...

Rosal viejo, rosal viejo
Que al llegar la primavera
No te cubres de retoños
Ni tampoco de hojas nuevas,
Y que te alzas sobre el césped
Con tus ramas esqueléticas
Donde no fluye la savia
De tu antigua florescencia....

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

Las mariposas no te aman
Ni te buscan las abejas,
Y hasta el pájaro cantor
En tu ramaje no sueña.
¿Por qué no luces las rosas
Entre la fronda de seda
Que, como un traje de gala,
Vestías en primavera?

Rosal viejo, rosal viejo,
Me inspiras lástima y pena.

¿Qué le dirás á la niña
De undivaga caballera
Cuando recorra el jardín
En busca de rosas nuevas?

Hasta las arañas tejen
La frágil red de su tela
Entre los gajos marchitos
Donde las flores no sueñan.

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.
Ya tus guias florecientes
Hasta mi estancia no llegan
Al trepar por el calado
De la centenaria reja.
Y al contemplar tus añosas
Ramas torcidas y entecas
Que fatalmente se inclinan
En dirección á la tierra,

Rosal viejo, rosal viejo
Me inspiras lástima y pena.

Corazón, corazón mío,
Ya no tienes primavera,
Y el rosal de tu esperanza
Extiende sus ramas secas
Donde el pájaro ilusión
No preludia las endechas
De amor y melancolía
Que le enseñó tu quimera.

Alma mía, rosal viejo,
Me inspiras lástima y pena.

JUAN AYMERICH.

Córdoba, (R. A.) — 1912.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS

LAS TEORIAS DE LAMPRECHT

El fenómeno superorgánico difícilmente alcanza estudio libre de refracción subjetiva. Los sentimientos de odio ó simpatía suelen ser reacciones fatales frente á los hechos históricos, cuando no los íntimos y auténticos motivos que nos mueven á estudiarlos. Cabe la objetividad ante el fenómeno físico, verbigracia, mas no en materia social. Es esta una realidad que se odia ó se ama. Para probarlo, no hay más que mentar la historia escrita. ¿A qué se reduce sinó á una distribución, manifiesta ó subrepticia, de estigmas ó apoteósis? Verdad es que existen historiadores imparciales: no lo negamos; pero para dar la sensación de la imparcialidad, ora encomian, ora estigmatizan. En vano es que otros nos hablen de leyes fatales, factores antropológicos, telúricos y demás formas del determinismo. Doquiera asoma la oreja del hombre protagórico que todo lo mide con su alma elástica.

La forma predilecta del prejuicio en las historia es el culto del grande hombre. Verdadera ó falsa, en grado relativo ó absoluto, lo cierto es que ejerce una fascinación irresistible. Quieras que no, se acaba por caer en ella, pues es para el alma humana necesidad ineluctable la de creer que el factor humano merece la hegemonía dentro de la compleja causalidad del fenómeno histórico. Una historia sin grande hombre, bueno ó nefasto, no parece historia, del mismo modo que la pólvora sin humo

no parece pólvora. El historiador, aún el de talante más olímpico, á la postre, resulta, para el que lo cala entre líneas, un dogmático moralista, distribuidor de gloria ó ludibrio, de laureles y calumnias, malgrado su innegable buena fé. ¿Qué Taine, por ejemplo, supo poner en la historia la objetividad digna de un químico que estudia las piedras preciosas ó el vitriolo? Nobilísima fué la intención, sin duda, pero una cosa es el programa del candidato, otra la obra. Taine imparcial! ¿Habrá para qué recordar sus ideas sobre la retrogradación política de Francia, sus reflecciones sobre la Escuela y la Iglesia, las sátiras contra la revolución jacobina, y, sobre todo, aquella desoladora crísis pesimista que corona el último volúmen de «Los orígenes de la Francia contemporánea»? ¿Y qué decir del juicio sobre Napoleón? Visión psicológica estupenda, documentación riquísima y ultraobjetiva. Se diría que quiere hablar de Napoleón como si él hubiera sido su ayuda de cámara. Pero, no obstante haber afirmado, como postulado fundamental de su criterio histórico, que la voluntad individual es reductible á causas generales, ante aquel «mónstruo de voluntad», veneno fecundo, sublime mala yerba de la historia de Francia, acaba por llenar un tomo de fervor carlyliano!

Es que Taine, el positivista, el objetivo, tenía su preocupación filosófica, la inevitable profesión de fé metafísica, pues consta que quiso casar á Hegel con Spinoza. ¿Y quién no tiene su metafísica? Esencialmente dogmática es la estructura del espíritu humano. Por más dosis de demonio socrático que nos escarabajee en las profundidades del alma, siempre se concluye jurando sobre un dogma, punto de vista para hacer la crítica de tal ó cual acontecimiento social. Teóricamente, no podría negarse la posibilidad de sorprender el fenómeno histórico en toda su existencia objetiva. Pero ello es casi imposible, porque el espíritu que concibe la historia, él mismo, es substancia histórica. Ya lo veremos al estudiar el «caso Lamprecht». El historiador absoluto debiera vivir una vida extrahistórica; superflua ventaja, si bien se pondera, pues entonces ya no le interesaría la historia. Si no se sabe á paradoja, se diría que al hombre le interesa la historia precisamente, porque puede deformarla, porque puede trocarla en alimento de sus caprichos éticos.

Decía Altamira que la historia de un pueblo no debe ser escrita sinó por un hijo de éste. Sólo así podrá el historiador leer en su propia conciencia la intrahistoria, el espíritu de su patria. Complejo es el pensamiento, y,

sobre todo, nos parece una manera profunda de descalificar la historia. ¿Cómo no objetar que entonces el valor de los argumentos que se alegan contra la psicología introspectiva sube de punto en materia histórica? Dígase lo que se quiera, la *simpatía*, por más virtud entuitiva que nos diere, nunca podrá acercarnos sino á una verdad que nosotros mismos hemos creado. La frase de Altamira es una forma de la de Carlyle: «Es menester sentir una gran simpatía por lo que se quiere comprender». Es posible; conviene amar la realidad histórica, pero no tanto, porque dicen que el amor es ciego...

Puede admitirse, por ejemplo, que nadie comprendió mejor á Liniers que Groussac. Era necesario ser francés para penetrar ciertas delicadas morbideces del Conde de Buenos Aires. ¿Es presumible que un historiador español, muy español, tenga palabras de sabia y finamente irónica aquiescencia ante las célebres «perichonadas» del elegante Virrey? Para un historiador español, de alma calderoniana, Anita Perichón, la irresistible amiguita de Liniers, de Pueyrredón, de Rodríguez Peña, etc., es una cosa, para Groussac, francés, otra. Como se vé, un problema de historia degenera en problema moral. Es que en el fondo de todo problema histórico alienta un problema de *valor*, como diría Nietzsche. ¿Quién ignora que la historia de las invasiones bárbaras ha provocado un sin fin de discrepancias entre historiadores latinos y germánicos? Por más prodigios hermeneúticos, eurísticos y demás cosas por el estilo que hagan los historiadores, no disiparán la incógnita. Hay allí, repito, un problema de valor. La verdad histórica del escritor alemán será una verdad histórica alemana, la del latino, latina será, y supérfluo fuera recordar que la pluralidad de verdades es la negación de la verdad.

El aforismo de Altamira contiene, pues, una petición de principio. Quiere el sabio profesor buscar el alma de la historia de su patria en su propio espíritu, olvidando que éste es también reflejo de la historia de su nación. Verá á su patria con el criterio que ella misma le ha dado. Diríase que Altamira quiere alcanzar el cielo de la verdad histórica, creyendo que para elevarse hasta él lo más acertado sería cogerse del cabello y tirar hacia arriba con las propias manos.

¿Se afirmará que el historiador puede ser objetivo eludiendo todo conato de calificación? Ilusión! El que expone selecciona, y seleccionar implica juzgar. De ahí que la documentación, por rica que fuere, no conduce

necesariamente á la verdad. Por eso si la historia fracasa en manos de un Taine, bien puede postularse su eterno fracaso, á menos que no cambie la estructura del espíritu humano.

Dicho lo cual, abandonaremos la historia? Al contrario: la ingente complejidad del fenómeno superorgánico siempre fascinará á los espíritus filosóficos de veras por tratarse de una realidad seductora á fuer de esquivar. No se infiera de aquí, pues, que el excepticismo radical sea una posición lógica frente á la historia. Las consideraciones precedentes imponen más bien esta conclusión: Un amplio y sabio excepticismo metódico nos hará más respetuosos de la verdad.

*
* *

Decía Comte que la sociología es materia digna de caracteres íntegros. Nada más cierto. Un alma austera en alto grado é inmune de sugestiones, consigue sobrepujar un tanto á la realidad histórica, siempre pronta á fascinarnos y arrastrarnos en su corriente. Sólo el vigor del carácter y un recio sentido crítico filosófico permitirán alcanzar esa relativa objetividad que, de seguro, no florece en un espíritu impresionable ó inconscientemente sectario. Sin aquellas cualidades, la historia ó la teoría sociológica suelen acabar en un fragmento de autobiografía mental. Lo que debiera ser conocimiento puro degenera en peculiares reacciones de la sensibilidad intelectual. Nada más árduo, pues, que la formación del historiador. Excusado es decir, entonces, que todo lo que en nuestro país se haga en materia de enseñanza histórica redundará en ventaja de la dignidad de nuestra historia.

¿Quién ignora que nuestras historias, en general, no pasan de ser una forma superior de la chismografía? Si no holgaran pruebas, bastaría mentar que la teoría dominante en nuestras historias es la del grande hombre, bueno ó malo. Y se explica: una historia sociológica, donde los individuos quedaran en segundo término, presentara gravísimo inconveniente para nuestra idiosincracia de pueblo originariamente español: quedaría limitada la función de la maledicencia!

Es de celebrar, pues, la posible creación del Instituto histórico de La Plata á imágen y semejanza del que dirije en Leipzig el gran historiador alemán, Don Carlos Lamprecht, tal como lo propone el Dr. Quesada en el último capítulo de su libro sobre «La Enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas».

No hemos de reprochar al doctor Quesada que haya ido precisamente á Alemania en busca de modelos pedagógicos universitarios. En la necesidad de condenarle por ello, por cierto que no iría en mala compañía á cumplir su condena.

He aquí lo que dicen algunos historiadores franceses, á quienes, seguramente, no se tildaría de germanófilos: «Las universidades de habla germánica han ocupado, en el siglo XIX, el primer rango entre todas las universidades del mundo, por dos razones: porque se encontraban establecidas en países donde la ciencia era estimada más que en otro alguno; y porque en ese mismo país, por tradición, la vida científica y la universitaria están íntimamente ligadas. Los resultados positivos impersonales, inmejorables, obtenidos durante el siglo XIX en Alemania por el método de investigación, en las disciplinas históricas, son unánimemente reconocidos: la erudición alemana ha merecido la reputación de superioridad de que goza; alemanes son una gran parte de los iniciadores que, por el perfeccionamiento de los métodos y por descubrimientos fundamentales, han abierto á la ciencia nuevos horizontes; y desde que los métodos históricos, llegados al más alto grado de perfección, eficacia y elegancia, se han universalizado y que los hórizontes de las disciplinas históricas se han delimitado, Alemania ha desparramado, en todos los dominios á explorar, innumerables trabajadores, laboriosos, disciplinados, exactos, capaces y satisfechos de practicar desinteresadamente las más abstrusas indagaciones. La producción científica de la Alemania contemporáneaa es realmente abrumadora, á tal punto que los especialistas más resueltos de otros paises tienen que reconocerse desbordados. En resúmen: la obra histórica de la Alemania moderna impone la admiración y el respeto» (1). Y el norteamericano Hinsdale, en su libro «How to study and teach history», dice: «Es uniformemente reconocido por jueces competentes que en ningunas otras escuelas superiores se alcanzan resultados más substanciales, en la enseñanza de la historia, que en las alemanas. La preparación que éstas dan, en lo relativo á historia, es sin rival y constituye un galardón para las universidades germánicas.»

El Dr. Quesada, en el último capítulo de su obra, estudia, con esa erudición y conocimiento personalísimo de

---

(1) Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, citado por Quesada en el prólogo de «La enseñanza de la Historia en los Universidades Alemanas»

las cosas á que nos tiene habituados, y con excelente penetración crítica, las teorías históricas de Karl Lamprecht, el autor de *Deuchtland Geschichte*, que bien merecen ser conocidas, aunque someramente. Por eso, antes de aludir á los métodos de investigación y enseñanza practicados en el Instituto histórico de Leipzig, veamos en qué consiste la teoría de Lamprecht. «El concepto fundamental de Lamprecht, — dice Quesada, — consiste en considerar á la historia como el estudio sucesivo de épocas típicas en la vida de cada nación, á fin de caracterizar el desarrollo metódico de su civilización, siendo así que dichas épocas, en todas sus varias manifestaciones, llevan el sello de una disposición psíquica general, que denomina diapasón: «la suma de todos los factores psíquicos — dice — en cada época constituye una unidad y, por eso, está sometida á una división en períodos entre sí ligados».

Pero el diapasón de Lambrecht no es, entonces, sino la solidaridad y el consenso de Comte, quien también lo concentra en determinadas épocas de civilización, elegidas como representativas de la historia universal; si bien aquel busca que dicha representación demuestre el desarrollo pleno y normal, de modo que el resultado psíquico — renacimiento, reforma, racionalismo, etc. — pase de una nación á otra y se integre al efectuar ese mismo pase: sin embargo, Lamprecht, como Comte, no desconoce que ese desarrollo no es igual en todas direcciones y que los factores psíquico-sociales se desenvuelven desigualmente, primando á veces los materiales ó económicos sobre los espirituales, de manera que ni Comte ni Lamprecht pueden ser clasificados como sociólogos materialistas. Por el contrario: Lámprecht se apresura á decir que, en general, *predomina una intensidad psíquica en visible aumento;* y que si bien tal afirmación no constituye, por sí sola, un criterio suficiente para caracterizar las diversas faces de la civilización, le guía para establecer su serie de épocas que estudia especialmente en la historia alemana, como Comte estudió la suya en la historia de los pueblos mediterráneos, y como Buckle, á su vez, las había estudiado en la historia moderna de parte de Europa. Lás épocas de Lamprecht se caracterizan sucesivamente por el simbolismo natural, el tipismo, el convencionalismo, el individualismo, el subjetivismo: todo ello, en cuanto á los factores psíquicos; y en régimen de ocupación territorial, explotación natural, colectiva é individual, explotación comercial de análogo carácter, en cuanto á los factores económicos. El principio dominante en estas series es que, en

el desarrollo espiritual general, hay que partir de la más grande igualdad de todos los individuos de una comunidad, lo que implica una dependencia moral, es decir, el desarrollo sucesivo de la conciencia, en su forma de conciencia progresiva y de libertad del espíritu

Aquí Lamprecht, desviándose del positivismo, se aparta de la sociología de Comte y retorna á la filosofía de Hegel, porque tal criterio es eminentemente el de la idea, si bien no llega á él por el razonamiento metafísico sino por el psicológico: la regla de la intensidad psíquica creciente, como factor explicativo del progreso, es un fenómeno psíquico neto.

Lamprecht es también agnóstico; es decir, el criterio positivista le permite abarcar el concepto del universo, considerando como tal al pensamiento y á sus métodos, sin percatarse de que la razón de ser del positivismo — el conocimiento del mundo de los fenómenos, por medio únicamente de la observación real — involucra un postulado metafísico, lo que es fácil notar al considerar los fenómenos psíquicos como objeto de simple observación externa, siendo así que, *en presencia de la causalidad psíquica y de la mecánica, insensiblemente tiende á dar predominancia á esta última.* Lamprecht caracteriza la relación de lo individual y lo colectivo en la misma forma que Comte, sea en el razonamiento lógico ó en la actividad histórica: lo individual pasa al último plano, lo colectivo llena la escena, por más que aquél — *luchando con la influencia hegeliana — cuide afirmar que «lo social psicológico siempre es una manifestación consecuente de lo psicológico individual»*, tanto que los fenómenos colectivos nunca se realizan sino mediante la acción consciente de los individuos, de modo que son tan justificados los procedimientos de investigación con criterio individualista, como con criterio colectivo. Pero no puede menos de establecer que el aspecto colectivo es, en su opinión, el más esencial de su criterio y de su investigación; y que sólo las manifestaciones colectivas son pasibles de leyes regulares, pues lo individual es arbitrario y no puede ser objeto de una sistematización científica; siendo en la historia los fenómenos colectivos lo más importante y típico, mientras que la acción individual, aún en los grandes hombres, es siempre la resultante del estado general de desarrollo en cuyo medio se mueven las personas» (1).

---

(1) *La Enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, páginas 1035, 1036 y 1037.

Toda teoría es susceptible de ser estudiada, aparte en valor teórico, desde un punto de vista histórico, es decir, pueden determinarse algunas de las circunstancias que la generan bajo forma de reacción contra otra tésis que hasta ese momento gozaba del mayor predicamento. Por eso Quesada demuestra muy bien que el criterio de Lamprecht constituye una reacción contra el individualismo de la escuela de Ranke, la figura de historiador más prestigiosa del período hegeliano de la historia alemana.

Permítasenos otra cita tan kilométrica como la anterior, pero no menos importante, pues de ellas depende la demostración de esta tésis: el criterio de Lamprecht es un eclectismo vacilante, una aleación hecha con elementos hegelianos y conceptos de la ciencia moderna. Sólo que Lamprecht, como veremos, el hegelismo, á fuer de buen alemán, lo tiene en el corazón, la ciencia en la cabeza.

Dice Quesada: «Parte (Lamprecht) del postulado de Laplace respecto del origen del universo: la nebulosa cósmica, dispersa y de componentes aislados, en su comienzo; su paulatina concentración, hasta formar el sistema planetario: su evolución sucesiva, por dispersiones y concentraciones secundarias y terciarias, hasta eliminar paulatinamente el excedente de energía y convertirse en planetas sin vida, como la luna. De igual manera se observa análogo proceso en la tierra: la masa nebulosa se concentra convirtiéndose, por la ficción del movimiento centrífugo y centrípeto, en substancia ígnea que, en su contacto con el ambiente externo, poco á poco se transforma en costra inerte. De modo que, en el mundo inorgánico, la ley de formación y evolución consiste en la dispersión y aislamiento del estado cósmico primario, hasta la integración y petrificación del estado cósmico final; y esos fenómenos, con repetición sucesiva de dicho proceso, se observan en el dominio de la física y de la química; en un comienzo, el mayor aislamiento y dispersión de los elementos y predominio máximo del estado gaseoso de los agregados, mientras que, al final, se notan composiciones estables y predominio evidente del estado sólido de los agregados. En una palabra: el punto inicial de la evolución se caracteriza por el máximum de energía potencial, la cual vá consumiéndose y desprendiéndose, á medida que se producen las sucesivas transformaciones; disminuyendo visiblemente así que se aproxima á la final, en la cual llega á su mínimum: porque todo proceso evolutivo implica pérdida de energía, y la que accidentalmente puede venir de afuera — como, en lo planetario, los co-

metas y los meteoros que caen — no modifica esa ley. Y el mundo orgánico presenta, á este respecto, el mismo fenómeno que el inorgánico: en lo vegetal y en lo animal, la evolución se produce con arreglo á esa ley, que se desenvuelve desde la concepción, á través del nacimiento y de la vida, hasta la muerte; aquella, se origina en un estado de dispersión y aislamiento de sus componentes; el nacimiento, los muestra concentrados y más estables; la vida, señala las diversas transformaciones de esa combinación, y la muerte, su definitiva solidificación concentrada, siendo visible que la energía estaba en su mayor grado al principio, y en su menor al final.

Pues esa ley la aplica Lamprecht á la humanidad y al mundo superorgánico, es decir, á lo social, teniendo en cuenta que la evolución no termina en el final aparente de un proceso, ó sea en la concentración máxima de los agregados y estado mínimo de la energía, sino que llegando ésta al punto cero, la disolución se produce y vuelve la masa al estado primero de dispersión y aislamiento, recomenzando el anterior proceso: la muerte, pues, lleva á la vida, y ésta, á su vez, á la muerte; de modo que el proceso no consiste sino en esta sucesiva evolución — los *corsi e recorsi* del sociólogo italiano, — y en la helicoidal curva condorcetiana.

La evolución en el mundo superorgánica toma caracteres típicos que, en cada agrupación social, pueden clasificarse diversamente. Pero cualesquiera que sean los períodos que en una de esas series puedan distinguirse, su evolución típica es la misma: observase en sus comienzos un estado de dispersión espiritual en ideas y sentimientos apenas dominados por algunos de éstos aislados y sin aparente contacto; se produce, á poco, la concentración, al principio con relativa violencia, como consecuencia de los movimientos aislados pero intensivos; en seguida, ese entusiasmo cede el lugar á la reflexión y á la influencia de la razón madura; la concentración estable, así producida, conduce á la síntesis de todos los movimientos aislados, de todas las aspiraciones sueltas: alcanzando asi el momento culminante en la vida del respectivo fenómeno social, é integrando así, á la vez, todas las diferenciaciones existentes; entonces, pasado ese momento de madurez, la concentración va tornandose más y más rigída, más y más excluyente, hasta concluír en una casi petrificación, que marca la última faz de esa vida, y que termina en la disolución de ese pueblo, de esa sociedad, de esa ins-

titución, de esa raza, de esa familia, del fenómeno social de que se trata, en una palabra.

Esa es la famosa ley de Lamprecht, aplicándola al desenvolvimiento de las sociedades, sostiene que esa evolución helicoidal va asumiendo formas que se caracterizan así: 1.º animismo; 2.º simbolismo; 3.º tipismo; 4.º convencionalismo; 5.º individualismo; 6.º subjetivismo; 7.º impresionismo: La serie queda abierta porque, en lo porvenir, dicha evolución presentará caracteres nuevos que respondan á situaciones nuevas». (1)

Como se vé, Lamprecht bien puede admitir el pensamiento de Baldiwn: «El hombre más que una unidad social es un producto social». ¿Qué importancia tiene este principio psicológico para el historiador? Una muy grande, por cierto, pues sólo admitiendo que en la evolución social la causalidad psíquica colectiva es más eficiente que la individual, puede alcanzarse la posibilidad de dar con leyes científicas. La idea de ciencia social implica la eliminación de la mayor suma de factores contingentes. Dentro de éstos, el sociólogo, debe admitir que la voluntad humana individual es una de los tantos factores que entren en el comprejo determinismo del fenómeno social. Es menester reducir el hombre á la categoría de resultante, sin por ello negarle un poco de eficiencia. Cuanto más eficiente es el hombre, menos posible resulta el descubrimiento de leyes sociológicas. La ciencia sociológica, rica en leyes de perfecta forma matemática, impone, pues, el siguiente postulado: la libertad de la humana voluntad es una ilusión. ¿Lo admite Lamprecht? Arduo es inquirirlo. *Forse che si, forse che no. Forse che si,* porque está atiborrado de comtismo, de darwinismo y demás formas del positivismo dogmático que tienden á dar radical importancia á la casualidad mecánica; *forse che no,* porque algunos chispazos del fuego teleológico hegeliano le iluminan el porvenir de la historia. Cree, aunque no demasiado, en la casualidad psiquica, y de ésta prefiere la forma colectiva. ¿Consciente ó inconsciente? Las dos tal vez. Hay aquí, sin duda, mucha tendencia ecléctica. Como dice muy bien Quesada, se intenta una vez más la clásica conciliación de la necesidad social con la libertad humana. Ello explica la sensación de vaguedad que se experimenta ante el pensamiento de Lamprecht, cuyo esfuerzo por adquirir contorno nítido es innegable, aunque, eviden-

(1) *La enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas,* páginas 1040, 1041 y 1042.

lemente, no lo alcanza. En nuestro sentir, el vago eclecticismo de Lamprecht resulta de un antagonismo ó, mejor dicho, de una cordial enemistad, si vale el concepto, entre su congénito hegelianismo de auténtico alemán y las doctrinas mecanicistas que han nutrido su intelecto sensible á las auras filosóficas de la época en que se ha formado su espíritu. El cotismo de Lamprecht, que explica el aspecto determinista de su doctrina, no fué tomado directamente de Francia. Ya existía en Alemania un comtismo autóctono malogrado por el desgaire que le profesaban las generaciones hegelianas. Y se explica: si bien se mira, nada más antigermánico que una teoría de la historia donde se elimina ó restringe la voluntad humana. Un buen alemán jamás se resignará á ver en el espíritu del hombre uno de los tantos anillos de la fenomenología universal. Mal filósofo, contradictorio en el fondo, y con razón, le parece el que no comienza por admitir la hegemonía del espíritu humano en medio del sempiterno vaiven cósmico. Por eso, en el idealismo alemán se reduce la realidad á espíritu, sin negarla, naturalmente, pero sí para hacerla más práctica, más sujeta á la voluntad humana. De ahí que la filosofía alemana sea idealista de pura práctica. Este practicismo no puede hallar éxito sino en el culto de la autonomía personal. El orgullo, es decir, la emoción de la propia eficiencia, implica necesariamente una metafísica libre arbitrista, así como la ataraxia del abúlico una metafísica determinista, cuando no un radical amorfismo contingentista, un panteismo inorgánico.

No sé hasta qué punto será verdadera esta afirmación de Nietzsche: «La lógica no es más que la forma racional de nuestros instintos», pero, sea lo que fuere, bien puede decirse que en los historiadores alemanes el individualismo histórico tiene raíz psicológica nacinaal. Un alemán partidario de historias sociologicas en demasía, corre el riesgo de pasar por mal patriota. ¿Quién ignora, somerisímo que fuere el conocimiento que tenga sobre la psicología de la metafica alemana, que para los filósofos alemanes sorprender la íntima estructura del mundo y del alma humana implica excogitar y decantar un ideal ético? Para ellos, metafísica y destino del hombre son cosas corelativas, ó mejor dicho, el segundo está implicito en la primera como el predicado en el sujeto del juicio analítico. El mismo Nietzsche, el pretendido verdugo de toda metafísica, el que vió en el intelecto alemán una casa inficionada por la «moralina», no hizo sino cambiar de metafísica para poder trasmutar todos los valores. Inventó la archimeta-

física «voluntad de potencia» en homenaje al amoralismo, que es un ideal ético como cualquier otro. Doquiera, pues, el problema del destino humano. Los estupendos prodigios ergóticos de Kant?, que otro fin tuvieron sino el de aniquilar el orgullo teórico de la razón pura en ventaja de la razón práctica que consagra la libertad, es decir, la autonomía de la persona? Renouvier, exagerando la doctrina de Kant, — pues se precia de ser más kantiano que el mismo Kant, — procuró eliminar el conflicto entre la razón pura y la razón práctica declarando ser necesario consagrar «la primacía de la moral en el espíritu humano con respecto al establecimiento posible ó no de las verdades trascendentales, de las cuales se ha pretendido, otrora, inversamente, deducir la moral. «El criticismo subordina lo desconocido á los fenómenos, los fenómenos á la conciencia, y, en la conciencia misma, la razón teórica á la razón práctica». (1). De ahi que Renouvier haya reducido el problema de la certidumbre al problema de la libertad y demostrado la esencia ética del problema criteriológico. Esta doctrina de evidente cariz germánico, que alcanza forma patológica en el pragmatismo yanke y en la superhomía de Nietzsche, contiene, aparte su mayor ó menor veracidad, innegable valor psicológico tratándose de explicar el individualismo en las teorías alemanas de la historia. Dígase lo que se quiera, siempre acabaremos por concluir en la siguiente tésis: el voluntarismo metafísico ó psicológico es la filosofía nacional de Alemania. Su esencia, oculta ó manifiesta, es el culto de la libertad humana, la seguridad de que la voluntad es eficiente en el proceso del devenir histórico. Alemán determinista es casi una *contradictio in adjecto*. ¿Qué Marx es el gran filósofo de la masa, del determinismo económico? Sin duda, pero harto consta que el autor de «El Capital» fué inflamado apóstol de una nueva fé social. La propaganda socialista implica creer en el factor humano como elemento de causalidad social. ¿Acaso Engel no profetizó el advenimiento del reino de la libertad cual sucesor del de la necesidad? Es que la dialéctica alemana, para probar la libertad, es capaz de valerse del mismo determinismo!

Concluyendo, pues, diremos, que las páginas anteriores nos permiten afirmar, en primer término, que el problema de la historia implica un problema de *valor*, tanto más arduo cuanto más obscura sea la naturaleza del fenómeno social; y en segundo, que la idiosincresia na-

---

(1) *Renouvier;* Science de la moral, I, pág. 10.

cional de Lamprecht explica los centelleos hegelianos de sus generalizaciones históricas.

Evaluada la sugestión hegeliana en el eclectismo de Lamprecht, consideremos ahora los elementos filosóficos que turban la visión del devenir histórico.

Lamprecht tiene una educación filosófica eminentemente positivista en el peor sentido dogmático del término. El positivismo en él, más que un método, es una metafísica más ó menos deplorable, como todas las metafísicas habidas y por haber. En su obra se habla de «conservación de las fuerzas», «difusión» y «concentración de energías», lucha por la vida, evolución ontogenética y filogenética, «postulado de Laplace», etc.; en fin: no hay prejuicio filosófico de la época que no entre en la formación de su criterio. Ello explica lo precario de ciertas teorías sociólogicas fundadas sobre ciertos postulados metafísicos efímeros. Minando el edificio filosófico se destruyen también todas las concepciones sociológicas alojadas en él.

La función del prejuicio filosófico en Lamprecht resulta evidentisíma. No hay más que ver cuán importante papel desempeña la teoría de Laplace. Merced á ella, según vimos por un párrafo anteriormente citado, Lamprecht llega á la conclusión de que el proceso de las energías físicas es comparable al de las energías sociales. Aparentemente se trataría de una oportuna metáfora, pero lo grave del caso está en que, bien mirando, el simil pierde su función estética para asumir la dignidad de una explicación.

Es la eterna manía, plaga del positivismo dogmático, consistente en aplicar á la sociedad, á lo superórgánico, criterios de metafísica mecanicista. Bien se vé, como hemos dicho, la función metafórica del postulado de Laplace. Es que Lamprecht participa del paralogismo de Comte y demás sociológos cuya manifestación más frecuente consiste en ver lo social con criterio de físico ó biológo, porque, naturalmente, en la época de Comte, todo era físico, — con decir, que se habla de Estática y Dinámica social! Cosa parecida ocurría en la época spenceriana: todo era biológico. Lo que en el fondo equivale á ver las cosas de la sociedad y del espíritu con los ojos de cierto vergonzante materialismo dogmático,, deplorable no precisamente porque sea materialismo, pues si éste es la verdad filosófica, pueriles fueran los aspavientos del moralismo espiritualista, sino porque se trata de una de las tantas metafísicas apriori. La mayoría de los sociólogos son antropólogos, geógrafos, etnólogos, economistas, bió-

logos de la sociedad, pero sociólogos puros, auténticos, ninguno. Es que, en esencia, todas estas especulaciones, hijas de una época que cultiva la incuria filosófica como una virtud científica, no son sino expresiones de esa metafísica y tiránica necesidad anímica que nos lleva á simplicar el universo para comprenderlo. Se olvida que la realidad superorgánica es viviente, resbaladiza, incoercible como un pececillo vivo entre dedos humanos. Sólo quitándole la vida y disecándole se puede aprehenderle con humana comodidad. Entonces es nuestro. Idéntica cosa ocurre en sociología: la vida del fenómeno orgánico está en su complejidad infinita, obstáculo para la organización científica, sólo posible en virtud del esquema simple y general. El sociólogo mecanicista piensa entonces que lo más acertado está en quitar al fenómeno su complejidad. Semejante operación, naturalmente, nos permite meter á la realidad superorgánica en el féretro del esquematismo mecanicista. La realidad ha muerto, pero, gracias á Dios, la ciencia sociológica se ha salvado.

Ejemplo palmario de este abuso del esquema hallallamos en Lamprecht. Para él, lo fundamental está en determinar las formas «típicas» del desarrollo histórico. Maneras de constituirse la familia, formación de las naciones, decadencia de las mismas, épocas económicas, criterios artísticos, etc., todo esto, para Lamprecht, son condensaciones de la energía social, perfectamente comparables con las que presenta la materia inorgánica y orgánica, como vimos en la anterior larga cita en la que se habla de Laplace. Claro es que Lamprecht al determinar los contornos de esas formas condensadas de la energía social en eterno devenir, concluye por aislarlas, á la manera del niño que en una mañana de invierno recoge del charco un fragmento de hielo, llevándoselo á su casa con la quimérica pretensión de contemplarlo cómodamente junto á la estufa de la sala. Naturalmente, cuando llega á ésta, ya no tendrá hielo, pues el fragmento se ha trocado en una realidad fluída bajo el influjo de una nueva temperatura. El prejuicio de Lamprecht es idéntico al del niño. Su método consiste en aislar las condensaciones sociales. ¿Pero las aisla de veras? Supongamos que se quieren determinar las líneas precisas del imperio romano como entidad histórica. ¿Dónde comienza, cuándo termina? ¿En que punto se inicia ó termina el proceso de condensación ó difusión de las energías históricas que lo constituyen? Paremos atención preferente en la decadencia. ¿Puede admitirse que ésta sea una difusión de energía histórica?

Concedamos por un momento que se trate de una verdadera difusión; mas cabe preguntarse: ¿acaso no se forman, mientras se inicia la tal decadencia, nuevas entidades históricas? El imperio romano se disuelve, pero el proceso de disolución es inseparable de la creación de nuevos estados, de otras formas de cultura, etc. En otros términos: la teoría de lo típico, tal como la entiende Lamprecht, evaluada á la luz del análisis histórico, sugiere fatalmente esta tésis: condensación y difusión de la energía social constituyen idéntica cosa. Pero, el éxito del «típismo» residiría precisamente en la determinación de las aristas de esos sólidos históricos llamados «tipos» por Lamprecht. En el fondo del típismo lamprechtiano alienta un evolucionismo malogrado, un devenir á medias. El paralogismo que explica su teoría halla origen en el abuso de eso que Pascal llamaba «esprit geometrique», lo opuesto del «esprit de finesse». El primero da el sentido de lo permanente. Tiene por base el llamado axioma de la «libre movilidad», según el cual una figura geométrica no pierde sus propiedades al cambiar de tiempo ó de lugar. El segundo, en cambio, nos da el sentido de la transición, esencial en el temperamento de historiador, ya que historia y tiempo son exactamente la misma cosa. No negamos que Lamprecht lo tenga, pero es evidente que su típismo histórico impone la posibilidad del «espíritu geométrico» en la historia, es decir, que la condensación debe desarrollarse á costas de la fluidez, de lo contrario, diría Lamprecht, no hay ciencia sociológica posible. Para dar cariz científico á la historia es menester negar un poco el devenir, saturarla de espacio en detrimento de la vida esencialmente temporal del fenómeno histórico. Puede Lampercht repetir con Nietzsche: «conocimiento y devenir se excluyen». La Ley científica, pues, forma superior del conocimiento humano, impone la eliminación del tiempo, precisamente el elemento esencial de la evolución. Y si eso puede afirmarse de la realidad inorgánica y de la orgánica, esta verdad sube de punto en el mundo superorgánico, la más evolutiva, la más fluída de todas las realidades cognoscibles. El amorfismo y la contingencia dominan en el terreno histórico. Típismo, condensación, ley histórica, son todas formas de la negación del devenir en la historia. Cuando más perfecta sea la forma científica de la historia tanto menor será la fluidez, la temporalidad del devenir histórico. En conclusión: el «típismo» de Lamprecht, descansa sobre un paralogismo puesto de moda por la filosofía po-

sitiva, el cual consiste en traducir la realidad esencialmente temporal en términos espaciales.

Imaginemos un aviador que volando sobre un río correntoso, de trecho en trecho cruzado por puentes, perdida la acuidad del ojo por efecto de la grande altura tuviera del río, malgrado la violenta fuidez del agua, la sensación de una cosa absolutamente estática. Cinta de plata, parece el río, diría el poeta, estela do caracol, afirmaría el humorista. Ambos símiles, impresionistas tienen una función común: dar la sensación de lo inmovil. Prosigamos la metáfora. Los puentes, á su vez, darían la impresión de líneas negras destinadas á seccionar una larga cosa brillante y blanca: el río. Inmovilidad fragmentada: he ahí el elemento esencial de la imagen que el aviador se formaría al columbrar el río.

¿Impresión diversa experimenta Lamprecht, acaso, cuando contempla la correntada del devenir histórico desde el aeroplano del mecanicismo ciemífico? ¿Qué es el tal «tipismo» sino una manera de expresar lo móvil en términos de inmovilidad? Realidad histórica dividida, disecada, amojonada, he ahí lo que nos da Lamprecht bajo la sugestión de Comte y demás sociólogos víctimas de la superstición del *quantum*, que ven en las manifestaciones calitativas del devenir social algo suceptible de expresión cuantitativa.

Pero, diría Lamprecht: mi «tipismo», mis condensaciones sociales, no implican, desvirtuación del devenir. En la aplicación del postulado de Laplace á las formaciones sociales, yo no he visto sino una excelente metáfora. No olvido que «comparaison n'est pas raison». Lejos de mi ánimo negar la especificidad del mundo social ante el fenómeno físico. El uno es irreductible al otro. Por algo he nacido en la tierra de Lotze, padre de Boutroux y demás corifeos del contingentismo contemporáneo, cuya tesis fundamental consiste en afirmar que la subsunción de los conceptos no implica reductibilidad de una forma superior de lo real á otra inferior. La metafísica del pluralismo sustenta categoricamente la especifidad de cada orden fenoménico. Sin duda, replicaríamos; pero una cosa es el programa, otra la obra. ¿De veras Lamprecht no ha desvirtuado el devenir? Por momentos, claro es, lo reconoce, por momentos, lo desconoce. Asi se explica la imposibilidad de emitir un juicio absoluto sobre su teoría. Ya hemos mentado el eclectismo vacilante reductible á latente conflicto entre la libertad y la necesidad. La primera le conduce al devenir, la segunda al «tipismo».

Admitamos, por vía de claridad crítica y metódica, que existen condensaciones históricas perfectamente determinables. Dentro de la teoría del tipismo, habremos de admitir también que toda condensación histórica es esencialmente efímera. El «tipo» es fatalmente inestable. Quiere decir entonces que lo fundamental para el historiador sociólogo, estilo Lamprecht, es la determinación de las causas de la inestabilidad. Caemos una vez más, como se vé, en el intrincadísimo problema de la causalidad en la historia. ¿Es permitido soñar con la esperanza de descifrar incógnitas en materia de casualidad social? Hay buenas razones para suponer que la desorientación reina no poco al respecto. ¿Qué se han propuesto la mayoría de los historiadores de tendencia sociológica ó filosófica en punto á causalidad histórica? Hallar la causa única del fenómeno social, es decir, una causa que actuaría en cualquier circunstancia de tiempo ó espacio. ¿Cúál sería esa causa? Económica, para Marx, etnológica, al decir de Gobineau y Vacher de Lapouge, psicológica, según Tarde, etc. Cada autor tiene su causa predilecta, y no admite, ó por lo menos vé con resistencia la posibilidad de múltiples causas. En todo caso, para ellos, el problema se reduce á lo siguiente: determinar, dentro de la compleja causalidad del fenómeno social, el factor hegemónico. Los restantes factores, en caso de existir, son simplemente epifenómenos. Por de pronto, Lamprecht tiene un mérito: no es exclusivista, no preconiza el factor único, pues tiene la visión de la complejidad del proceso social. Para él, todos los factores merecen el honor de la eficiencia. Ellos obran ora bajo forma de causalidad mecánica, ora como causas psíquicas. ¿Hacia qué lado se inclina Lamprecht? Arduo fuera responder categóricamente, porque en sus predilecciones asoma el conflicto ético entre la necesidad y la libertad. Sin embargo, declara á veces su preferencia por la causalidad psíquica, dominante, en su sentir, dentro de los estadios superiores de la evolución social. La causalidad mecánica triunfaría en los momentos primeros de la civilización. Pero, no obstante estas declaraciones, lo cierto es que Lamprecht, de hecho, en su historia escrita, concluye, como dice Quesada, por caer en la causalidad mecánica, pues aún cuando admite la causalidad psíquica no la vé sinó bajo forma colectiva, es decir, exagera la eficiencia del elemento psicológico inconsciente en detrimento de la voluntad individual.

Lamprecht, dijimos, reconoce la importancia de todos los factores. En la intención, por lo menos, no peca de

unilateral. Sin embargo, no resiste á la tentación de aislar un factor dominante. Me refiero al psicológico. Si bien se mira, es el que le interesa sobremanera.

Aislar un factor!; dosificar su eficiencia!; pero ¿cómo? ¿Habrá dificultad metodológica más insuperable en materia de historia sociológica?

Cualquiera que tenga intuición profunda de cuán inextricable es el complejo determinismo del fenómeno histórico, habrá de convenir en la vanidad de todo procedimiento analítico para determinar el poder eficiente de un factor social. ¿Cómo negar, por ejemplo, que todas las formas de la causalidad sociológica guardan entre sí relación tan íntima, tan entreverada, se penetran de tal manera, que todo aislamiento y evaluación cuantitativa resultan quiméricos? El fenómeno histórico reconoce multiplicidad de factores. Esa multiplicidad constituye una síntesis orgánica cuyas calidades difieren de los componentes. Hay en ese todo orgánico algo más que en los elementos que le integran. Por eso queda limitada la función del análisis, cuya virtud consiste precisamente en desconocer la organicidad de la mentada síntesis. Bergson diría que el exceso de análisis en materia histórica implica abusar de la «lógica de los sólidos» (1), y ya hemos dicho que la substancia histórica es fluída. Inseguros serán, pues, todos los procedimientos tendentes á dosificar la eficiencia de un factor. Ello, claro está, equivale á descalificar, en lo que tienen de esencial, la mayoría de los sistemas sociológicos, pues casi todos descansan sobre este prejuicio: Determinar, dentro del complejo determinismo de los fenómenos históricos, el factor primordial.

Justo es reconocerlo: Lamprecht escapa un tanto al indicado prejuicio, pues su afirmación fundamental consiste en ver el predominio paulatino, á medida que nos elevamos dentro de la línea helicoidal del progreso, de los factores psíquicos, sin perjuicio, como bien dice Quesada, de verle, efectivamente, inclinado hacia la causalidad mecánica, escollo fatal de todo historiador ó sociólogo que aplique á la realidad superorgánica los esquemas cuantitativos de la física galilea. Pero, no obstante la inconsecuencia, hay en Lamprecht una tendencia fecunda, cuyo resultado inmediato será el de llegar á definir el devenir histórico en términos psicológicos, pues la corriente superorgánica y la del pensamiento, que diría James, son de análoga naturaleza. De ahí que, en mi sentir,

(1) *Bergson;* L'evolution créatrice.

sea necesario volver á Tarde, el único sociólogo auténtico, no ya para escribir libros «sugestivos», á la manera de ese autor, sino con el propósito de desenvolver en forma más profunda un punto de vista insuperado. Insuperado sí, porque Tarde jámás negó la especificidad del fenómeno social. Nunca desvirtuó la substancia social reduciendola, como Marx, Vacher de Lapouge, Gobineau, etc., á sus condiciones inferiores inmediatas. Es precisamente lo que ha evitado Baldwin, siguiendo á Tardo, en sus interpretaciones éticas y sociales de la evolución mental, donde no se desconoce ningún factor, donde se demuestra, con especial cuidado, que toda fuerza social no cobra eficiencia sinó á través del espíritu humano, supremo creador de valores. Las cosas tienen el valor que el alma humana les concedo. No se trata, pues, de poner el factor psicológico donde Marx, por ejemplo, colocaba el económico. Lejos de imaginarse una substitución, ó de convertir en epifenoménico lo que Marx considera hegemónico, se trataría, simplemente, de dar resorte psicológico á toda causa social. De ello resultaría que el hombre es concomitantemente causa y efecto en el proceso de la evolución histórica.

El psicologismo de Lamprecht se manifiesta claramente en su ley helicoidal del progreso, cuyos estadios principales son los siguientes: 1.º, animismo; 2.º, simbolismo; 3.º, tipismo; 4.º, convencionalismo; 5.º, individualismo; 6.º, subjetivismo; 7.º, impresionismo. «La serie, — dice Quesada, — queda abierta porque, en lo porvenir, dicha evolución presentará caractéres nuevos que respondan á situaciones nuevas (1)». Basta arrojar una mirada superficial sobre semejante ley helicoidal del progreso para convencerse de que en las teorías de Lamprecht no se abusa de la claridad. ¿Cómo formarse un concepto nítido de cada una de esas etapas? Fuera difícil, verbigracia, saber á ciencia cierta en qué difiere el momento subjetivo del individualista.

Y la palabra «progreso», ¿en qué sentido fué empleada por Lamprecht? — Tal vez como sinónimo de evolución. — Sin embargo, no olvidemos que la evolución es un hecho, el progreso un sentimiento, una calificación ética. La primera implica un juicio de existencia, lo segundo, uno de valor (2).

---

(1) Pág. 1042.

(2) *Harald Höffding*, "La pensée humaine", pág. 344.

Hemos afirmado que en la teoría de Lamprecht, malgrado lo ligeramente caliginoso y vacilante de cierto eclectismo, es posible aceptar una tendencia psicológica suceptible de superior desarrollo. Mas la teoría del progreso de los seis estadios parecería implicar un punto de vista negador precisamente del que hemos celebrado. Porque, evidentemente, surge una pregunta: esas formas psicológicas típicas ¿son causas ó resultantes? Si son resultantes, entonces, sólo tienen el valor de simples descripciones, y si, en cambio, tienen fuerza causal, cabe preguntarse porque no son causas permanentes, ya que, como resulta de aquella ley de progreso, toda forma típica es esencialmente efímera. ¿Es que semejantes cristalizaciones psicológicas se explican por causas extra-psíquicas? Si así fuera, ello equivaldría á proclamar el cariz claramente materialista de la doctrina de Lamprecht.

En fin: acabaremos por sostener una vez más que la teoría de Lamprecht es un entrevero de materialismo y de espiritualismo, una síntesis de elemento heteróclitos, lo que en manera alguna implica negar lo fecundo de las teorías criticadas.

El doctor Quesada, que con toda prolijidad expone las doctrinas históricas de Lamprecht, culmina su crítica de las mismas, declarando el alto mérito del más grande historiador alemán contemporáneo: «No es, pues, dudoso, el éxito final de Lamprecht: no sólo sus obras monumentales lo afirman, sino que lo asegura su eximia enseñanza universitaria. La generación rankeana, por la ley natural de la vida, tendrá que ceder su lugar á una generación lamprechtiana: la juventud estudiosa, tanto de Alemania como del extranjero, afluye al aula del profesor de Leipzig y á las salas de su instituto histórico... ¿Quiere esto decir que la doctrina de Lamprecht sea la forma definitiva de la verdad en el criterio histórico? Con toda mi respetuosa admiración para el eminente profesor de Leipzig, mi respuesta es decididamente contraria: aquella doctrina representa la cristalización del ambiente actual, al través de un temperamento, y, en su aspecto general de orientación sociológica, es evidente que implica una conquista definitiva, en cuanto á métodos y procedimientos; pero, en las fases de detalle, podrá ser modificada y no pocos de sus criterios parciales resultarán deficientes: esto es humano, porque la visión de cada uno — tanto de espiritualismo, lo que en manera alguna implica negar en lo intelectual como en lo físico — tiene un radio siempre limitado, y pueden escapar á la misma no pocos rin-

cones de un paisaje ó aspectos de una cosa. Lo que sí es indudable es que, á partir de Lamprecht, la historia no podrá ya ser investigada ó enseñada sino con ámplio criterio sociológico. Cómo se oriente este criterio sociológico; cuales sean sus fases; cuáles sus doctrinas: ésto es ya otra cuestión, y por eso cabe que el porvenir disienta de no pocas de las teorías de Lamprecht, ó de las «leyes» por él algo prematuramente formuladas, sin por eso invalidar su criterio sociológico» (1).

Terminada la exposición y crítica de las doctrinas del profesor Lamprecht, el Dr. Quesada concluye exaltando como vemos, los métodos de enseñanza practicados en el Instituto histórico de Leipzig, no sin aceptar antes el criterio sociológico en la investigación histórica. Sostiene el Dr. Quesada la necesidad de fundar en la Universidad de La Plata un Instituto histórico análogo al de Leipzig, cuya base sería el estudio de la Historia Argentina.

Claro está que una traslación absoluta de los métodos alemanes á la universidad argentina fuera tan pedantesca como contraproducente. No hay para que mentar todos los motivos sociales y psicológicos que malograrían aquél esfuerzo.

Objétase que la enseñanza de la historia en Alemania tiene carácter especialista en demasía y exenta amenudo de finalidades prácticas. Es posible; pero, sea lo que fuere, mal no nos vendría, por cierto, el culto de la verdad desinteresada, pues, á parte las ventajas científicas, ello implica la formación y elevación del carácter. Los que objetan que en Alemania se instruye y no se educa, olvidan que el respeto por la verdad, ó por lo que creemos ser la verdad, es uno de los elementos esenciales del carácter. De lo contrario, tanto valiera afirmar que á la vida práctica conviene precisamente la falta de caracter. Creer en la posibilidad de la verdad, odiar el error consciente, es una manera de tener carácter. El que respeta la verdad en el gabinete la respetará en la vida pública.

Y no se nos venga con que el exceso de especulación aniquila la facultad de adaptarse. No haya peligro de que el sentido de la verdad impoluta nos despoje del sentido de la realidad. Harto consta que los hispano-americanos, somos pragmatistas innatos. Buen rato pasará antes de que el *Wissen* nos eche á perder el *Können*. En buena hora nos llegue, pues, el germánico ardor especulativo. Sólo con él se atemperará un tantico la tal criollísima

(1) Pág. 1061.

«viveza», esa «viveza» que hace estragos aún en los libros de algunos de nuestros más sonados «hombres de ciencia».

Evidentemente, la actual Alemania industrial y militar no es la de los tiempos de Kant, Goethe y Schiller, más bien filosófica y soñadora. Empero, nadie podría afirmar soluciones de continuidad, pretendiendo que la actual grandeza material no halle condición en la antigua metafísica y poética. Háse dicho que la batalla de Sedán fué ganada por Kant. Son filosofías de la historia un poco simplistas. Habrá, en ello, si se quiere, exceso de orgullo pedagógico; pero imposible fuera negar ciertas influencias de orden espiritual, sobre todo, ethológicas. Encomio radical merece, pues, el Dr. Quesada cuando decanta la implantación de la enseñanza de seminario en nuestro país. Malgrado todos los defectos que se le quieran atribuir, ¿cómo negar que el seminario tiene una virtud fundamental, la de poner al alumno en contacto con las obras originales? En cambio, los métodos vigentes, con el examen oral como medio esencial de promoción, está probado que no sirven sino para fomentar el diletantismo y el culto de los «apuntes» tomados al profesor en clase, cuando no ese fenómeno psicológico, llamado «olfaturismo», olvidando que la del profesor es una de las tantas opiniones que el estudiante debe escuchar. Diletantismo, «olfaturismo», servilismo mental: hé ahí los frutos más selectos del exámen oral. La enseñanza de seminario, en cambio, devuelve al estudiante la sensación que la propia personalidad, débil ó fuerte, poco importe, pero el que allí trabaja, se siente causa de algo que brota de sí mismo. Y el orgullo, ya lo dijimos, no es sino la emoción de la propia eficiencia. Es evidente, pues, que el seminario forma el carácter intelectual. Y nada más urgente entre nosotros que la formación de ese carácter, sobre todo en los que se dedican á la historia. ¿Hemos de repetir que nuestro temperamento, nuestra educación y demás sugestiones del ambiente dan á nuestras historias entonación periodística? Ya hemos indicado las dificultades que presenta la historia, recordando que las realidades superorgánicas son cosas que se aman ó se odian. De modo, pues, que bien puede decirse de la historia lo que Comte de la sociología: hay que tener un carácter integérrimo para cultivarla.

La creación del instituto histórico de La Plata, naturalmente, defraudará muchas esperanzas, especialmente las de aquellos que suelen pedir á las cosas lo que no

está en la esencia de éstas producir. Diráse, por ejemplo, que el instituto no creará grandes historiadores. El genio, afirmarán con rara profundidad, no se crea en gabinetes oficiales. Decir admirable, pero si el seminario no dará un Macauley, no es menos cierto que por fin tendremos auténticos profesores de historia, porque si el seminario no crea genialidad, puede, al menos, atenuar los efectos de la ignavia y la mala fe. ¿Quién no sabe que un aspirante á profesor presupuestívoro, cuando todo lo ignora, pide una cátedra de historia? Merced al seminario nos convenceremos de que la historia tiene sus dificultades como el álgebra ó la química.

Es de esperar, por otra parte, que en el instituto histórico de La Plata hallaremos una cátedra titulada «Introducción filosófica á la Historia». Será la única manera de evitar que los alumnos estén á merced de la moda científica, ya que la experiencia revela que los legos en filosofía son precsiamente los que menos resisten á la tentación de hacerla, así como la mala retórica suele ser achaque de los ignaros en literatura. Por eso suscribimos las siguientes sensatísimas reflexiones del Dr. Clemente Ricci, autor de «La significación histórica del cristianísmo»: Desde luego, como reacción—(el Sr. Ricci se refiere á las ventajas del futuro instituto histórico)—contra el bizantinismo teorizante tan del agrado de nuestros estudiantes y de los mismos profesores, quienes hallan sumamente cómodo darse desplantes de sabihondos mediantes especulaciones pseudo-filosóficas de la historia, en lugar de dedicarse á la comprensión y al estudio de la misma en los documentos originales y en la labor crítica sobre los mismos. Tenemos profesores y auditorios dispuestos á embelesarse con los lugares comunes que andan esparcidos en las ediciones Alcan sobre el *materialismo histórico*, pero es dudable que los tengamos para abrir pacientemente, benedictinamente, una *Colección* para analizar una *Crónica* ó un juego de documentos. Esto requiere, desde luego, el estudio previo y profundo del latín y del griego. «Estos estudiantes,—dice Quesada,— llegan al curso manejando el latín como su propio idioma y acostumbrados á una excelente disciplina de trabajo». En cambio nuestro estudiante aborrece el estudio paciente y engorroso (aunque divinamente provechoso) de los viejos idiomas clásicos. El aprende á leer el francés: luego Ha-

---

(1) *La Reforma*. Agosto de 1911. Fragmento de una crítica sobre "La enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas".

chette y Alcan se encargarán de poner á su alcance, reducidas en píldoras, todas las grandes concepciones filosóficas antiguas y modernas, en vulgarizaciones claras, exactas, la mayoría de las veces, comprensivas, si se quiere, pero de todo punto incapaces de substituirse al estudio directo de las fuentes, y sobre todo muy aptas para engendrar fatuidad, presunción, superficialidad, desfachatez científica, produciendo sus peores estragos en las disciplinas histórico filosóficas» (1). Y continúa el Sr. Ricci en la enumeración de los frutos del Seminario: «Si los métodos alemanes de estudio lograran infiltrarse en el alma nuestra juventud, no nos asombraríamos tal vez con la profunda sabiduría de un imberbe capaz de escribirnos lindezas inauditas sobre los esoterismos de Píndaro ó de Homero; mas tendríamos, en cambio, jóvenes metódicos y simpáticamente modestos (séanos permitido insistir en esto de la modestia) que estudiarían á fondo el griego y serían felices interpretando filológicamente — nada más que filológicamente — á los clásicos en sus textos originales. No tendríamos otros imberbes embelesándonos con estupendas revelaciones sobre Nietzsche ó William James, ó cualquier otro filósofo á la moda; pero quedaríamos compensados con un núcleo de jóvenes serios que se dedicarían al análisis de los grandes sistemas filosóficos, no en los análisis de Alcan, sino en las obras originales de los grandes maestros, cuyos idiomas habrían estudiado previamente. No nos solazarían, por fin, los gracejos deliciosos de otros imberbes sobre Dios y sobre el cristianismo; pero, con toda seguridad, admiraríamos á no pocos de nuestros jóvenes ni pedantes, ni petulantes, ni lenguaraces, indagar el concepto de Dios en los supremos maestros del pensamiento humano y la significación y evolución histórica del cristianismo en la documentación que á él se refiere. Como se vé, sería simplemente una delicia» (1).

Muy bien dicho, y mucho más diremos por nuestra parte. Si el Seminario prospera, es evidente que los alumnos del Dr. Quesada no saldrían creyendo demasiado en el Materialismo Histórico y, sobre todo, en el Providencialismo y demás teorías teleológicas de la historia. No tendríamos historiadores que critican á Nietzsche á través de las exposiciones de Fouillée, publicadas por Alcan; que citan á Kant sin conocerlo, pero que hablan de Dios como si lo conocieran personalmente. Estas y demás formas de la

(1) Revista citada.

Philosophia pigrorum, que decía Kant, morirán á manos de una sólida cultura filosófica.

En conclusión: la obra del Dr. Quesada sobre «La Enseñanza de la Historia en las Universidades de Alemania» nos ha evidenciado varias cosas: primero: en Alemania se enseña historia con los mejores métodos. Lo afirman Seignobos y otros escritores franceses; segundo: el nacionalismo en la enseñanza de la historia, dentro de las escuelas secundarias de Alemania, es una cuestión electoral, pues se trata de aniquilar el movimiento socialista en homenaje á la dinastía del Kaiser; tercero: la historia debe ser sociológica; cuarto: el profesor de historia debe formarse en el seminario, es decir, emprendiendo investigaciones personales; y quinto: la innegable ventaja que traería á la cultura argentina una racional implantación de los métodos de Lamprecht en nuestras Facultades de Filosofía y Letras. Es, pues, un nuevo servicio que las universidades nacionales deben al egregio polígrafo.

CORIOLANO ALBERINI.

Hoy que profano su gloria de sol.
Digo este

ELOGIO DEL VERSO ESPAÑOL

Oh verso, nuestro verso, nuestro timbrado orgullo,
Nuestro clamar brioso, nuestro decir sereno;
Silencio que nos habla, suspiro, roce, arrullo,
Rumor, palabra, canto, grito, rugido y trueno;

A veces como sarta de perlas que gotea
Sobre un cristal sonoro con límpido rebote;
A veces como cinta de acero que chasquea,
Relámpago y azote!

Oh verso, eres piadoso. Si á tí me llego, y tomo
Entre mis manos torpes tu címbalo vibrante,
Tu cántico resuena bajo mis manos, como
Bajo la diestra ungida del Poeta oficiante.

Oh címbalo sagrado! ¿Por qué tu bronce fía
A todas las audacias, abandonada é inerme,
La mágica, la inmensa, la noble melodía
Que tan ligero sueño sobre tu flanco duerme?

Tú llueves armonía; tú generoso pones
En todos los oídos tu vibración gentil,
Y en pago hay quien te ultraja, robando claros sones
A tu metal glorioso con un badajo vil.

No! Tú que sabes voces del amor y la guerra,
Del rondar de la abeja y el rodar de los mares;
Tú, el más severo ritmo que resonó en la tierra
Y el cantar más divino de todos los cantares,

Para brindar tus dones, venero sin segundo,
De todo encanto ricos, de toda gracia plenos,
Busca el alma profunda y el corazón profundo
Que te han de enviar al alma y al corazón ajenos;

Y la intuición secreta que sin esfuerzo grave
Tu raudal onduloso de cadencias desata;
Y aquella amable ciencia que sabe ornarte, y sabe
Clavar la rima grácil como un dardo de plata.

Pero al necio que busca tu laurel por trofeo
Porque alzarse en tus brazos á la gloria presume;
Al ignaro que suple con brutal martilleo
Tu reír escondido, tu lejano perfume;

Al pedante que arrastra la balumba crujiente
De sus ritos grotescos por tu senda de raso;
A todo el que te llama sin llevar en la frente
Un destello del alma del padre Garcilaso,

Cierra, oh verso divino, tu venero triunfante;
Que tu ritmo es sagrado, que tu ritmo es la gloria
De una raza invencible que hoy reposa un instante
De la fatiga inmensa de fatigar la historia!

Oh verso, ya te dije mi cariño y mis celos:
Caigo ahora á tus plantas. ¡Tu armonía sublime,
Tu címbalo de bronce, sin redobles ni vuelos
Bajo mi mano sufre, bajo mi mano gime!

Yo te oigo en otras manos vibrar alado coro
De tersas, cristalinas, incomparables notas...
¡Quieras saciar mis ánsias en el raudal sonoro
Que de tu seno brotas!

¡Quieras piadoso darme la voz indefinida
Que alzar en tu regazo supieron mis mayores!
¡Quieras bajar á mi alma para cantar mi vida!
¡Quieras decir conmigo de todos mis amores!

CARLOS OBLIGADO.

1912.

EL RETORNO

DRAMA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ FABIO GARNIER

PERSONAJES:

Lidia	Clara
Eugenia	Mario
Elsa	Antonio

San José de Costa Rica.

ACTO ÚNICO

Un elegante salón. En el fondo dos puertas que dan, una á las habitaciones de Lidia y la otra á las de Elsa. A la izquierda una puerta que da al corredor que conduce á la calle. A la derecha una ventana con sus correspondientes cortinas, muy elegantes, de color obscuro. Los muebles son modernos, muy modernos. En las paredes algunas reproducciones de cuadros célebres. Un piano en el ángulo de la derecha; sobre él varios libros de música. Aquí y allá algunas mesitas bajas cubiertas de revistas y de libros. Las sillas y el diván colocados con gusto. Cae la tarde. Elsa, sentada hacia la derecha, arregla algunos encajes y bordados dentro de una caja pequeña de cartón. Antonio, un hombre muy conservado apesar de sus cincuenta años le habla con interés; viste de negro, usa anteojos.

Antonio:—*(Como continuando una conversación).* — Precisamente esta mañana he recibido una carta muy larga del padre de Mario en la cual me habla, dándome todos los detalles necesarios, de las relaciones que existieron entre su hijo y aquella señorita italiana.... tú comprenderás que necesitaba tener una descripción completa de los hechos para poder así obrar en consecuencia.... Las relaciones comenzaron hace cuatro años y duraron uno y medio.... Debido á la prohibición absoluta que su padre hizo á Mario de visitar á la familia Carelli fué por lo que dejaron de verse....

Elsa:—Ah! Fué el padre quien prohibió?....

Antonio:—Sí.

Elsa:—Eso no me gusta.

Antonio:—¿Por qué?

Elsa:—No te parece extraño que un joven el cual siente una gran simpatía por una señorita la olvide de un momento á otro?

Antonio:—Y la prohibición del padre?

Elsa:—Y quién te asegura que no haya fingido, que no continuara viéndola aún después de la escena con su padre?

Antonio:—Bah! No lo creo; es imposible dada la rigurosidad con que Rosalba ha educado á su hijo.... *(después de una pausa)* La familia Carelli quiso que Mario se casara con Eugenia.... aquel viejo caprichoso de Rosalba, quien desde el asunto de su quiebra fraudulenta, odia á los italianos porque fué un italiano quien le quitó la máscara, naturalmente se opuso con todas sus fuerzas;..... impidió el reconocimiento de la niña y su bajeza llegó hasta el punto de ofrecer una cantidad fortísima en cambio del honor de la señorita.

Elsa:—Y la familia Carelli?

Antonio:—Supo hacerse respetar. En un coloquio con Rosalba, Carelli le echó en cara su poca caridad cristiana, sentimiento del cual hacía y hace ostentación el padre de Mario, le habló en términos tan enérgicos y rehusó el dinero con tanta dignidad que hoy el viejo Rosalba al contarme esa historia en su carta, me dice que Carelli se portó como el canalla más bajo al no saber apreciar la caridad cristiana *(subrayando)* que lo impulsaba á ofrecer una parte de su fortuna para remediar una *pequeña falta* de su hijo..... La llama pequeña falta aún ahora.... *(después de una pausa)* Además, me asegura que hay un contrato tácito, contrato nacido del coloquio que tuvieron los dos ancianos, por el cual no se molestarán entre sí las dos familias; el asunto del engaño ha quedado olvidado; Mario ha podido comprometerse con nuestra hija y Eugenia continúa dedicándose á la educación de su niñita sin pensar en impedir el matrimonio.....

Elsa:—*(después de pensar un momento)* Verdaderamente, Antonio, creo que has hecho muy mal en conceder la mano de Lidia á un hombre que, como Mario....

Antonio:—*(con ímpetu)* También tú?.... También tú das oído á las murmuraciones callejeras?...

Elsa:—No escucho lo que dicen los demás; he pensado.

Antonio:—Has pensado, eh?

Elsa:—*(sin hacer caso, con energía)* Siempre me opuse á ese matrimonio; con más fuerza aún cuando supe que la señorita Carelli había sido engañada por Mario... *(después de una pausa corta)* No comprendes, Antonio, que hacemos mal?... Nuestra hija tan delicada, tan buena, debe

vivir toda su vida en compañía de un hombre que no ha sabido cumplir con sus deberes hacia una señorita...

Antonio:— Y si se lo impidieron?

Elsa:—Nadie puede impedir el cumplimiento de un deber, menos aún cuando ese deber nace de una propia falta.

Antonio:—Niegas la autoridad paterna?

Elsa:—Cuando es tan poco honrada, cuando mira sólo los intereses económicos de una familia, sí, la niego!

Antonio:—Te has vuelto loca?

Elsa:—No... me ha hecho pensar en todo esto lo que ha sucedido esta mañana, aquí en casa.

Antonio:—¿Qué?

Elsa:—¿No lo sabes?... no...: te interesas tan poco por tu familia! Esta mañana encontré á Lidia, en el jardín, pensativa; le pregunté el motivo de su tristeza y me confesó que lo sabía todo. *(con impulso)* Comprendes lo que significa ese *lo sé todo?*... La pobrecilla habrá recibido un golpe terrible al enterarse de lo que, con tanto cuidado, le ocultábamos. Llorando me echó en cara nuestro silencio...

Antonio:—Silencio que se imponía, pues á nuestra hija le ahorrábamos de esa manera muchos dolores de cabeza.

Elsa:—Pero...

Antonio:—Ya sé lo que vas á decirme... que ella llegaría á saberlo tarde ó temprano? Y bien; se lo ocultamos el tiempo necesario para arreglar la boda é impedir que, ella, al hacerse cargo del pasado de su novio, se eche atrás y falte á sus compromisos.

Elsa:—¡Qué mal la conoces! Lidia es capaz de romper con su novio aún el día antes de su matrimonio.

Antonio:—¿Y por qué debe romper? Tanto tú como yo estamos en el deber de inculcarle ese amor á pesar de todo, ¿comprendes? á pesar de todo.

Elsa:—*(Subrayando)* A pesar de todo, por qué?

Antonio:—¿También á tí hay que explicártelo? No comprendes que en la época en que vivimos es muy difícil que las señoritas lleguen á realizar un matrimonio apenas pasable? No ves que en nuestro país, á la juventud masculina le disgusta el matrimonio y que si las muchachas logran cambiar de estado es siempre con jóvenes extranjeros?

Elsa:—Y qué prisa tienes por casar á Lidia, es muy joven y...

Antonio:—Precisamente, de su juventud debemos aprovecharnos.

Elsa:—Sabes? No llego á comprenderte. Hablas de una manera que... No me hagas concebir malas ideas.

Antonio:—Porque te hablo de conveniencias tratando de un matrimonio? No quieres vivir con tu siglo, el cual en todo ve las conveniencias?

Elsa:—En todo, lo admito; pero en el amor no lo admito ni un instante siquiera.

Antonio:—En el amor más que en cualquier otro asunto.

Elsa:—Así es que tú?...

Antonio:—Vivo con mi siglo, no hago otra cosa.

Elsa:—Has visto en el matrimonio de Lidia con Mario?...

Antonio:—Lo que tú, en tu egoísmo materno, no has querido ver.

Elsa:—Es decir? *(Sin esperar que él responda)* Antonio! por favor! no deshagas en un momento todas las ilusiones que en tí he ido depositando desde que me elegiste como compañera. No hables de intereses porque eres tú quien menos debe ocuparse de ellos al hablar de su hija. Eres rico....

Antonio:—Precisamente por eso.....

Elsa:—*(con dolor)* Así es que, no me equivocaba? Tú, tú también, como los demás?

Antonio:—No comprendo.

Elsa:—*(sin hacer caso á la interrucción)* Pensaste en la riqueza del padre de Mario, creiste un negocio el sumarla á la tuya y, como no existía otro medio, combinaste el matrimonio entre tu hija y ese joven....

Antonio:—Eso no!

Elsa:—Espera, déjame terminar. Tú viste en ese matrimonio una cuestión de dinero, no pensaste nunca en el detalle principal, en la existencia de aquella niñita, la hija de Mario y de Eugenia. Creiste que como tú no le habías hecho caso, lo mismo haría Lidia; pero te has equivocado, la pobrecilla, enamorada de Mario, parecía ser feliz y lo habría sido en su ignorancia..... pero, todos los días, á todas horas, recibía anónimos que le revelaban todo, todo, anónimos que la decían que el suyo era un matrimonio de cálculo..... puedes figurarte su desprecio; ella amaba á su novio y eso le bastaba; no sabía, como no lo sabía yo tampoco, que las acusas que dirigían á la

hija eran justas para el padre, para su padre en quien nunca hubiéramos supuesto tanta bajeza.

Antonio:—Elsa!

Elsa:—Termino, termino.... No hagas caso de las palabras fuertes, las pronuncio sin quererlo; pero pon atención á lo siguiente: Lidia será muy desgraciada con Mario, sí, muy desgraciada.

Antonio:—¿Cómo puedes asegurarlo?

Elsa:—Me lo dice mi corazón de madre; el dolor que Lidia ha sufrido esta mañana será el principio de una serie continua de dolores si ahora no impedimos que se una á Mario.

Antonio:—Cómo?

Elsa:—Aún es tiempo! *(suplicando)* Antonio, por caridad, hazlo así; recuerda que más tarde con nuestras desgracias deberemos llorar las de Lidia; ahorremos esas lágrimas, es tan fácil!..... no pienses en el dinero.

Antonio:—*(enojado)* No, no, te he dejado hablar hasta el fin, he permitido que me insultaras, si, que me insultaras.... *(con autoridad)* El matrimonio ha sido concertado, y se llevará á cabo. No quiero que se diga que una persona de mi familia falta á sus compromisos.

Elsa:—*(desafiándolo)* Lo que no quieres es que se diga es que, apesar de todas tus intrigas, no has podido apoderarte de la fortuna del señor Rosalba.....

Antonio:—*(con enojo)* Elsa! calla, por Dios, calla; entre nosotros nunca ha habido cuestiones y ahora,... por una pequeñez....

Elsa:—*(con ironía)* También tú llamas pequeñeces las cosas que determinan un porvenir!

Antonio:—Sí, son pequeñeces.... no quiero que hablemos más de esto, sabes?.... si fuera verdad!....

Elsa:—*(enérgica)* Es la verdad!

Antonio:—Qué?

Elsa:—Sí, vendes á tu hija. Esa es la palabra.

Antonio:—Elsa!

Elsa:—Pero si te has propuesto hacerlo, desde ahora te digo que me opondré con todas mis fuerzas. A una madre no se le arranca, así no más, el consentimiento para un matrimonio cuyo resultado inmediato será la infelicidad de su hija.... Lidia ha sido buena con nosotros, nos ama con delirio, no debemos recompensarla con dolores, fingiendo concederle alegrías..... Ella es tan tuya como mía..... la dejaremos decidir y te aseguro, te aseguro, te aseguro que si hace valer sus derechos, yo, su

madre, estaré de su lado, contra Mario, contra tí, y contra el mundo entero.

Antonio:—*(con ímpetu)* Qué piensas hacer?

Elsa:—Nada. Lidia sabe todo lo que tú habías querido que ignorara hasta después de su matrimonio. Ella es inteligente y buena, sabrá decidir y lo que decida será sagrado para mí y debe serlo aún para tí.

Antonio:—No recibo consejos de nadie!

Elsa:—No querido darte un consejo; he llamado á tu corazón de padre, tú no sabes responder, no es culpa mía; pero.... soy madre, amo á mi hija con un amor inmenso y ante su felicidad sé sacrificar la mía. Lidia será feliz, será feliz! *(el esfuerzo que ha hecho la ha debilitado, permanece silenciosa con el rostro oculto entre las manos).*

Antonio:—*(Sin poder responder pasea agitado por la habitación). (llaman á la puerta de la izquierda).*

Elsa:—*(Componiéndose un poco los cabellos y limpiándose el sudor de la frente)* Adelante!

Clara:—*(apareciendo por la puerta de la izquierda, trae una tarjeta en la mano)* Una visita para la señorita, dice que la han mandado á llamar.

Elsa:—*(toma la tarjeta; lee el nombre; con calma á Clara)* Hazla pasar al saloncito de la izquierda y luego llama á Lidia, dile que deseamos hablar con ella.

Clara:—*(obedece).*

Elsa:—*(con calma á su marido)* Es la señorita Carelli.

Antonio:—*(con asombro)* Cómo!..... La Carelli en mi casa?

Elsa:—*(siempre con calma)* Lidia la ha mandado á llamar.

Antonio:—Lidia? Y tú?

Elsa:—Naturalmente, no podía permitir que mi hija fuera sola á casa de la señorita Eugenia.

Antonio:—*(molesto)* Por qué la tratas con tanto respeto? *(imitando á la señora)* la señorita Eugenia, la señorita Carelli.

Elsa:—Porque lo merece.

Antonio:—Lo dices tú.

Elsa:—Bien, no se trata aquí de saber si merece ó no que se la trate con respeto.

Antonio:—Y tú has permitido que Lidia llamase á esa mujer y que la recibiese aquí, en mi casa?

Elsa:—Y por qué no?

Antonio:—Qué pretende Lidia?

Elsa:— No lo sé. La he mandado á llamar para que tú la interrogues. Yo estaré silenciosa, as, no podrás decir que soy yo quien la inspira.

Lidia:—*(entrando por una de las puertas del fondo, á Clara que la sigue)* Dónde está?.... *(se interrumpe al ver á sus padres).*

Elsa:— *(á Clara)* Cuando oigas sonar el timbre eléctrico acompaña á la señorita Carelli.

Clara:— Aquí?

Elsa:— Sí, á esta habitación.

Clara:— *(se retira).*

Antonio:—*(á Lidia)* La Carelli desea hablar contigo; dice que tú la has enviado á llamar. Es cierto?

Lidia:— Sí, papá.

Antonio:—Para qué?

Lidia:—Necesitaba tener una conversación con ella.

Antonio:— *(con seriedad)* Y no comprendes que me disgusta mucho el que esa mujer venga á mi casa?.....

Lidia:— Tú no me habrías dejado ir á la suya.

Antonio:—Eso no!.... Qué quieres hacer?

Lidia:—Quiero hablarle.

Antonio:—Con qué objeto?

Lidia:— Deseo estar bien informada.

Antonio:— Qué necesidad tienes de nuevos informes?

Lidia:—Tengo tan pocos.....

Antonio:—Cómo los has recibido?

Lidia:— Por medio de anónimos.

Antonio:—Y tú lees los anónimos que te envían?

Lidia:— Cuando no tengo quien me defienda de ellos!...

Antonio:— *(mortificado por la última frase de su hija)* Cómo?

Lidia:—Oye..... quiero hablar con la señorita Carelli, me lo permites?

Antonio:— *(no contesta).*

Lidia:— No quieres?.... Por qué?

Antonio:— Porque una señorita digna no puede conversar con una de esas mujeres sin que sufra su reputación....

Elsa:— Lo peor está hecho.... seguramente la han visto entrar en nuestra casa.

Antonio:— *(á Elsa)* Tú debes callar. *(á Lidia como reprendiéndola)* Y tú has llegado hasta el punto de pedir un coloquio á una mujer como esa?...

Lidia:— Digna de respeto como todas.

Antonio:—Qué?

Lidia:— Talvez más que todas.

Antonio:—Eso es!..... como ha tenido un hijo!....

Lidia:—Toda maternidad es sagrada si nace de un amor sincero.

Antonio:—*(con ironía)* Ideales de una colección de almas errantes que nunca tendrán el gusto de ver la tierra prometida..... *(pausa)* Y bien?

Lidia:—Oye, papá, por qué ahora te preocupas tanto por mí, cuando hasta hoy no has sabido amar lo suficiente á tu hija?

Antonio:—*(con enojo)* Qué dices?

Lidia:—Sí, porque no has tenido el valor de decirme que mi novio.... *(no continúa su voz es ahogada).*

Antonio:—Pequeñeces, hija, á las cuales — como habrás visto — no he hecho caso.

Lidia:—*(suspirando)* Ah! papá, pequeñeces de las cuales depende mi felicidad.....

Antonio:—Vaya, vaya..... sentimentalismos egoistas. Crees tú que Mario es el primero?.... Nadie lo critica, los padres lo que hacen es quejarse inutilmente en la intimidad, las señoritas reciben á sus novios así, *(con los brazos abiertos)* aun cuando conocen la historia de sus primeros amores..... *(riendo)* Todas ellas creen que es el último novio que se les presenta y no les parece conveniente dejarlo escapar.

Lidia:—No me importa lo que hagan las demás..... Yo quiero obrar con mi propia voluntad, *(humilde)* naturalmente si tú me lo permites..

Antonio:—Y te atreves á dudarlo?

Lidia:—Gracias, papá; *(resuelta)* quiero hablar con Eugenia, necesito saber todos los detalles de sus relaciones con Mario..... luego, según la impresión que me haga su relato, entonces decidiré..... *(suspirando).*

Antonio:—Supongo que no harás nada ilógico, eh?

Lidia:—No tengas cuidado, papá, sé considerar mi situación. *(á la señora Elsa quien permanece silenciosa)* Y tú, mamá, qué dices? Parece que no te interesa nuestra conversación.....

Lidia:—*(con cariño)* Al contrario, hija mía, me interesa muchísimo..... Mi opinión la conoce Antonio; él te ha contestado en su nombre y en el mío.

Lidia:—*(á su padre)* Entonces, me permites hablar con Eugenia?

Antonio:—Siempre que seas prudente.

Lidia:—Sí, sí, papá.....

Elsa:—*(aprovechando la buena disposición de ánimo*

de su esposo) Entonces te dejamos sola con ella. *(ofreciendo el brazo á su marido)* Vamos Antonio. *(á Lidia)* No te dejes llevar por la pasión, eh?..... Recuerda que estás frente á una mujer muy desgraciada.

Antonio:—*(quiere hablar pero Elsa lo lleva dulcemente hacia la puerta).*

Elsa:—Antonio, déjala, déjala... está muy tranquila.

Lidia:—*(se sienta sonriendo á sus padres)* Sí, estoy muy tranquila... Mamá, hazme el favor de sonar el timbre eléctrico.

Elsa:—*(Obedece. Antes de desaparecer por la puerta que dá al corredor, los dos padres se detienen y envuelven en una mirada cariñosa á su hija quien les sonrie).*

Lidia:—*(Cuando desaparecen sus padres, se pone seria, medita un instante; luego con un suspiro profundo mira hacia la puerta).*

Clara:— *(anunciando)* La señorita Eugenia Carelli.

Lidia:—*(sin volverse)* Adelante!

Clara:—*(Hace pasar á la señorita Carelli; luego se retira).*

Eugenia:—*(Se adelanta silenciosa, mirando con atención á la señorita), (pausa).*

Lidia:—*(Se pasa la mano por la frente como para recoger sus ideas, mira á la visitante; luego, con frialdad)* Tenga la bondad de sentarse.

Eugenia:—*(obedeciendo)* Gracias, señorita.

Lidia:—*(con frialdad, después de otra pausa)* Habrá adivinado usted el motivo por el cual la he hecho llamar, no es así?

Eugenia:—No, señorita.... es decir, al principio creí haberlo comprendido; *(enrojeciendo)* pero, pensando un poco, me convencí de que me había equivocado.

Lidia:—No se ha equivocado.

Eugenia:—*(levantándose)* Perdone, señorita; si ese es el objeto de este coloquio, le confieso que no puedo servirle en nada. Comprendo mis deberes y ante la felicidad de una señorita distinguida y buena como es usted, prefiero callar. Por lo tanto le suplico no hablarme de este asunto. *(Después de una pausa corta)* Ve usted?... yo me he resignado; mi vida pasa ahora así... sin sufrimientos; es verdad que á la alegría de mi niñita no se une la de su padre; es cierto que mi casa parece solitaria, pero... yo estoy contenta, señorita, yo estoy contenta..., *(pausa)* Los recuerdos, dirá usted?... Sí; yo recuerdo, recuerdo siempre, pero... los recuerdos que vienen á mi mente son

los de mis tiempos felices, aquellos en los cuales Mario y yo nos amábamos con pasión sincera... *(Movimiento de Lidia que Eugenia sabe comprender)* Perdone, señorita... Ve usted?...*(dirigiéndose hacia la puerta)* Permítame alejarme.... *(deteniéndose un momento)* Le aseguro, señorita, que usted será feliz con Mario, es un joven distinguido, bueno, sincero, muy sincero... Por mi parte, no tenga usted temor alguno... si en algo vale la promesa de una mujer, le prometo que nunca trataré de interrumpir con mis quejas la tranquilidad del hogar que ustedes dos formarán... se lo prometo, señorita. *(quiere alejarse).*

Lidia: - *(con ímpetu)* No, señorita, no... *(reprimiéndose)* Perdone, perdone si la molesto, pero... es necesario para mi felicidad, para la de Mario, para la suya y para la de aquella chiquitina *(con cariño después de una pausa corta)* ¿Cómo se llama ese angelito?

Eugenia: - *(con dulzura)* Papá y mamá - después de la dolorosa revelación, después de varios días de enojo conmigo, - al contemplar la chiquitina, al verla tan bella, tan encantadora, me perdonaron y quisieron que su nietecita llevara un nombre gracioso, muy gracioso... lo eligieron ellos... se llama Graciela.

Lidia: - ¿Cuántos años tiene?

Eugenia: - Tres años, señorita.

Lidia: - ¿Y Mario.... después del engaño?...

Eugenia: - *(interrumpiendo)* ¿Engaño? *(con energía)* No me agrada oír usar esa palabra refiriéndola á nosotros; amo lo suficiente á Mario, *(movimiento de Lidia)* perdone usted, una pasión no se puede ahogar con tanta facilidad... sí, amo lo suficiente á Mario para impedir que se le trate con los nombres vulgares que usan las sociedades intolerantes...

Lidia: - *(tratando de obtener una confesión)* Dice usted que una pasión no se puede ahogar con tanta facilidad? que una pasión no se puede ahogar con tanta facilidad?... Entonces, era tan grande el amor que sentía por Mario?

Eugenia: - *(comprendiendo)* Para qué una confesión? Qué necesidad hay de despertar recuerdos que son míos, que son solamente míos, que son mi tesoro y que, tal vez, para usted sean causa de sufrimiento?

Lidia: - Sufrimiento?... No, no... estoy segura del amor de mi Mario... *(comprendiendo la poca delicadeza de sus palabras)* perdone... en esta conversación debemos respetar recíprocamente nuestros sentimientos...

Eugenia: - Por eso, señorita, por eso es preferible que callemos...

Lidia:— Y si yo le dijera que para mi tranquilidad necesito una confesión completa?

Eugenia:—En todo caso, debía dirigirse á Mario.

Lidia: - Y si yo tuviese tanta confianza en usted como en él?

Eugenia: - Gracias. *(pausa)* Verdaderamente, no comprendo...

Lidia:—No trate de comprenderlo.... Ahora, si usted no quiere concederme ese favor.... sería una crueldad!..

Eugenia:—No me daría yo el gusto de martirizar á una señorita de quien he recibido los mejores informes.

Lidia:— *(con curiosidad)* Ah! Se ha informado usted?

Eugenia:— Naturalmente, no me habría gustado que mi Mario, *(corrigiéndose)* que Mario se uniera á una señorita que no fuera digna de él.

Lidia:—Lo ama tanto?

Eugenia:— Ya se lo he dicho... Mienten los que aseguran que el amor desaparece con facilidad del corazón de una mujer.

Lidia:—Y bien?

Eugenia:—*(No quiere contestar).*

Lidia:—*(La mira con atención; observa su rostro de líneas delicadas; su figura elegante; su vestido negro que le cae á maravilla; su sombrero un poco pasado de moda que no logra cubrir la soberbia cabellera negra de la señorita. Después de un exámen, durante el cual Eugenia, un poco avergonzada, mira hacia el piano, Lidia se pone en pié y viendo que en los ojos de su interlocutora aparecen algunas lágrimas la pregunta:)* Llora usted?... Por qué?... *(pausa larga).*

Eugenia:—Perdone, señorita..... ese piano....

Lidia:— *(repite casi inconcientemente)* Ese piano..... *(otra pausa).*

Eugenia:—Toca usted el piano?

Lidia:—Es uno de mis pasatiempos favoritos.

Eugenia:—Talvez tengamos las mismas preferencias en música.....

Lidia: - También á usted le agrada tocar cosas tristes?

Eugenia:—Necesito que alguien suspire conmigo.... *(suspirando).*

Lidia:—*(después de una pausa)* Y Graciela sabe tocar?..

Eugenia:—Es aún tan pequeña....

Lidia:—La hará aprender?

Eugenia: Naturalmente, pero.... seré yo quien la enseñará todo, todo.... no permitiré que una persona extraña se acerque á ella con intención de ser su maestro.... *(deteniéndose)* perdone, vuelvo yo con mis ideas!...

Lidia:—*(quien ha comprendido)* Ah!... Mario ha sido profesor suyo?

Eugenia:—*(mirándola fijamente no responde).*

Lidia:—No es cierto?... Qué tendría de extraño?

Eugenia:—*(después de una pausa, diciéndose)* Sí; al llegar á esta república, yo no sabía una palabra de español, *(tratando de sonreir)* lo hablaba á mi manera, es decir, agregando *eses* á todas las palabras italianas... naturalmente, nadie me entendía.... Una noche, en casa de una distinguida profesora de música, me presentaron á Mario quien, desde el primer momento, me fué simpático... Después de una conversación en la cual es de figurarse mi dificultad para hacerme entender, Mario me ofreció su ayuda en el estudio del español. Acepté, y con el permiso de mis padres, segui estudiando en su compañía.... *(suspirando)* Un día, Mario tomó mi mano entre las suyas y tuteándome por la primera vez, me dijo: «Quieres que te hable con franqueza?» Yo no contesté, seguramente me puse roja, muy roja, pues él me preguntó: «Por qué te ruborizas?....» y añadió con alegría: «es que has comprendido?» Yo con los ojos le dije que sí..... *(pausa)* Esa fué la declaración de nuestros sentimientos..... nos amamos mucho, muchísimo.... luego.... después de un año y medio de felicidad me abandonó..... amándome, eso sí... fué obligado por su padre quien, según me dicen, nunca habria permitido que su hijo se casara con una italiana... *(sollozando)* Ah! señorita, de aquella época deliciosa no me quedan sino los recuerdos y mi querida Graciela, el encanto de mi existencia.... *(rompe á llorar).*

Lidia:—*(Enternecida trata de consolarla, pausa).*

Eugenia:—Gracias, señorita, gracias.

Lidia:—*(después de una pausa, con voz ahogada)* Esos sollozos.... ese llanto...

Eugenia:—*(reprimiéndose)* Son los recuerdos de un pasado, son los recuerdos nada más.

Lidia:—Ah, no....! Los recuerdos no ocasionan un dolor tan sincero;.... no es el pasado el que le hace llorar... no, no es el pasado... es el presente... *(movimiento de Eugenia)* sí, es el presente con sus crueldades.... *(con una voz muy suave, á veces entrecortada)* Verdad, verdad que usted lo ama todavía?

Eugenia:—*(no contesta)*

Lidia:—*(con la misma voz)* Contésteme... hableme como á una amiga... seamos dos amigas, dos amigas á quienes la desgracia ha reunido...

Eugenia:—*(esforzándose; con una sonrisa amarga)* Usted no debe llamarse desgraciada!

Lidia:—Sí... *(pausa corta)* No puede usted comprender los dolores morales que sufrí cuando supe que Mario la había amado, que usted lo amó con locura, que talvez lo ama aún.....

Eugenia:—*(interrumpiendo)* Ah! no!

Lidia:—*(siempre con dulzura)* No diga que no... usted lo ama y lo ama sinceramente... me lo han confirmado sus lágrimas hace un momento... lo ama mucho, talvez tanto como yo...

Eugenia:—*(interrumpiendo)* Eso no!

Lidia:—No podría decirlo... usted aún después de una prueba dolorosa que sería capaz de ahogar un amor fortísimo, usted aún ahora lo ama... talvez con más amor que antes... *(sollozando)* No me diga que me equivoco...

Eugenia:—*(comprendiendo)* No, señorita, se lo aseguro... lo amé mucho, muchísimo... mi sueño, mi único sueño fué ser su esposa... pero, hoy... *(esforzándose)* hoy, después de la prueba á que me sometió, mi amor ha muerto, y.... *(con dificultad)* no podría revivir...

Lidia:—*(desde el momento en que Eugenia empezó á hablar la mira con atención)* Y entonces por qué ha llorado?.. *(resuelta)* No lo niegue, usted lo ama... *(pausa)* Usted ha sabido conservar su amor siempre puro, siempre grande... y yó.... quien sabe!.. es verdad que lo amo muchísimo.... pero... *(con tristeza)* no estoy segura de soportar todo lo que usted ha soportado...

Eugenia:—*(interrumpiendo)* He soportado porque....

Lidia:—Porque lo ama... sí... porque lo ama...

Eugenia:—*(No responde, su silencio confiesa).*

Lidia:—*(después de una pausa, acercándose á Eugenia)* Gracias, señorita, gracias.... *(pausa larga)* Perdone que la haya hecho venir á mi casa tocándome á mi ir á la suya, pero me lo han impedido *(movimiento de Eugenia)* la sociedad moderna, usted lo sabe muy bien, tiene sus intolerancias á las cuales no han sabido sustraerse mis padres... Gracias por todo... por todo...

Eugenia:—*(comprendiendo que Lidia desea estar sola poniéndose en pié).* No creo merecer...

Lidia: *(en un arranque de ternura)* Lo merece todo...

lo merece todo... *(extendiéndole la mano)* Adiós, señorita, gracias... Dé un beso en mi nombre á Graciela... debe ser tan linda!... *(la acompaña hasta la puerta que dá al corredor en donde se despiden otra vez).*

Eugenia:—*(desaparece).*

Lidia:—*(permanece en pié cerca de la puerta, mirando hacia el corredor. Poco á poco su fisonomía se va oscureciendo, algunas lágrimas asoman á sus ojos; después de un momento de inmovilidad, resuelta, va al timbre eléctrico y llama).*

Clara:—*(por una de las puertas del fondo)* La señorita desea?...

Lidia:—Ha venido Mario?

Clara:—Vino un momento después de la llegada de la señorita Eugenia.

Lidia:—Dónde está?

Clara:—Pasó directamente al estudio de don Antonio quién me había dicho que necesitaba hablarle.

Lidia:¿Por qué no me avisaste su llegada?

Clara:—La señorita tenía visitas...

Lidia:—Es verdad... *(después de una pausa)* Donde está mamá?

Clara:—En el estudio de don Antonio.

Lidia:—Vé allá y dile á Mario que necesito hablar con él, con él solo, comprendes?

Clara:—Sí, señorita.

Lidia:—Que lo espero aquí mismo.

Clara:—Quiere usted que encienda la luz eléctrica?

Lidia:—No hay necesidad... Más tarde te llamaré para que lo hagas.

Clara:—Bien, señorita. *(se retira).*

Lidia:—*(Medita, se nota en ella el estado de alma en que se encuentra; no puede permanecer tranquila; durante la última escena aumentan cada vez más las sombras que han ido penetrando lentamente en la habitación).*

Mario:—*(Entra por la puerta de la izquierda. Es un joven de elegante presencia, vestido de negro; antes de hablar mira con atención á su prometida quien no lo ha visto. Poco á poco se va acercando á ella. Al ver los movimientos nerviosos de la señorita, le dice con una voz en la que se nota ternura á la vez que temor).* Qué nerviosa estás!

Lidia:—*(volviéndose para mirarle de frente; con seriedad)* Sabes quién ha estado aquí?

Mario:—*(con la misma vóz temerosa)* Me lo han dicho tus padres.

Lidia:—*(siempre con seriedad)* Seguramente, habrás adivinado nuestra conversación, no es así?

Mario:—*(con la misma voz)* Para qué has querido hablar con Eugenia?

Lidia:—*(repite como reprendiéndolo)* Con Eugenia?...

Mario:—*(corrigiéndose)* Con la señorita Carelli... Por qué vino ella á tu casa?

Lidia La mandé á llamar yo misma...

Mario:—Tú?

Lidia:—Si, yo; necesitaba conocer completamente la historia de vuestros amores, necesitaba saber quien era esa Eugenia Carelli y apreciar de cerca el valor de esa señorita....

Mario:—*(interrumpe ansioso)* Para qué?

Lidia:—Para no equivocarme.... lo que deseaba decirte no podría habértelo dicho sin conocer todos los detalles de vuestras relaciones, sin conocer á la señorita Carelli.

Mario:—No comprendo....

Lidia:—*(sin poder contenerse)* Dime, no has pensado nunca en la situación de Eugenia después de tu abandono?... La pobre, sola, despreciada por todos, sin oir más voces afectuosas que las de sus padres y la de su niñita, habrá vivido triste y enferma mientras tú te divertías cortejando á otras, dando á otras el afecto que á ella, solamente á ella correspondía!..... Piensa Mario, á causa tuya, dos mujeres sufrirán muchísimo: Eugenia quien te amaba y quien te ama aún hoy, después de la ofensa gravísima que le hiciste y Graciela, la niñita encantadora que debe permanecer muda cuando le preguntan el nombre de su padre, que debe soportar resignada las intolerancias de la sociedad en que vive la cual castigará en ella el error de sus padres, mejor dicho, la culpa de un hombre que no supo tener compasión de una mujer débil y de una niña delicada.... No te parece que tu puesto es aquel, que tú debes, sí, debes hacer compañía á aquellas dos personas que te aman siempre intensamente?... No crees que yo, en este momento, les robo algo que les pertenece, su tranquilidad, su felicidad?... Mario, en aquella casa está tu puesto, allá hay dos pechos que ansían palpitar con el tuyo....

Mario:—*(interrumpiendo con vehemencia)* Es que ya no me amas?

Lidia:—*(con dignidad)* Nunca he sabido mentir afectos; si te he dicho que te amaba, si te he repetido siem-

pre que quisiste oirlo, era porque te amaba, porque te amo aún hoy con todo el entusiasmo con que puedo hacerlo....

Mario:—Y entonces?

Lidia *(sin hacer caso de la interrupción)* Unicamente, mi amor no es igual al tuyo... tenemos del amor una concepción muy diversa *(movimiento de Mario)* si, muy diversa,... el tuyo es un amor egoista, no quiere sino satisfacer los propios impulsos, no piensa más que en el presente sin atreverse á mirar hacia el porvenir... el mío, mi amor es otro... no me digas que el amor que se piensa es un amor muerto: esa es una frase que repiten las almas débiles para excusar las faltas que cometen en nombre del amor... el mío es otro, es un amor lleno de entusiasmos por todo lo que es bueno... sí, con un amor sincero, puro, grande es con el que yo te amo... *(pausa corta)* Eugenia te quiere mucho, muchísimo, me lo ha dejado comprender hace un momento; es una mujer merecedora de todo respeto, digna de tí.... *(con esfuerzo)* en su compañía serás feliz, muy feliz...

Mario: — *(interrumpiendo)* También contigo seré feliz, muy feliz!...

Lidia: —Mario, si quieres que me sienta orgullosa de tí y del amor que en tí supe despertar un día, satisface uno de mis deseos, el único que te he manifestado, el único que te manifestaré: vuelve al lado de Eugenia, hazla feliz. *(movimiento de Mario)* No me digas que no sin pensarlo... pasa en revista todos los recuerdos de aquella época y luego, con una mano sobre el corazón, pregúntate si has obrado como un verdadero caballero, si tenías derecho á deshacer la dicha de una pobre niña despertando en ella una pasión sincera y engañándola con promesas que después no tuviste el valor de cumplir.

Mario: —*(sin poderse contener)* ¡No!... Dime, qué es lo que te pasa?... ¿Es que ya no me amas?... dímelo francamente... no me hables de otras cosas... mi amor por Eugenia fué un amor grandísimo, sí, nos amamos con sinceridad, *(movimiento de Lidia)* perdona, Lidia, me obligas á decir cosas que te mortifican...

Lidia:—No, no, continúa.

Mario:—Nos amamos durante año y medio, ella siempre me rodeaba de ternura; en su casa encontraba lo que, desde la muerte de mi madre, busco en vano en mi propia casa: dos ancianos bondadosos y una mujer cariñosa que

me amaran sin engaño, sin interés. *(pausa)* Mi objeto fué hacerla mi esposa, hablé á mi padre y él, mostrando una gran repugnancia por la familia Carelli, me prohibió absolutamente continuar esas relaciones, me envió fuera del país, estuve en Europa y allá traté de olvidarlo todo, comprendiendo que mi padre nunca habría cedido ante mis deseos... Volví... y... no sé... mi amor era otro... no tenía aquellos ímpetus de los primeros meses... era un amor que moría... pasaron los años, te conocí... hoy no podría volver á Eugenia... no la amo...

Lidia:— *(con intensidad)* No, un amor no se ahoga con tanta facilidad... son palabras de Eugenia... Apesar de la oposición de tu padre, apesar de la larga ausencia que siguió á vuestra ruptura, no puedo creer en ese amor que tú llamas moribundo... lo has dejado adormentarse, eso es todo... hoy, con un impulso generoso debes hacer que despierte... Debe ser tan bello el despertar de un amor que se creía muerto!

Mario:—No, Lidia, no... para qué?... olvidemos el pasado... pensemos en el presente lleno de felicidad y en el futuro lleno de promesas... seamos felices... si nuestro destino es ser felices...

Lidia:—Y si no lo fuera?

Mario:—Qué importa si estoy á tu lado?

Lidia:—Egoísta!

Mario:— Además, Eugenia debe odiarme; sí, no podrá acordarse de mí sin sentir una rebelión contra el pasado, contra sus sentimientos de un día, contra su debilidad...

Lidia:—Ah! no es cierto; te engañas, no conoces á Eugenia Cuando la mandé á llamar creí encontrarme frente á una mujer cualquiera, una de esas que insultan siempre á quien las hizo desgraciadas; creí que me hablaría de tus promesas no cumplidas, de tu poca consideración hacia su estado; creí que me echaría en cara el haberle robado su felicidad y... cuando, hace un momento, la ví entrar, su figura fué agrandándose ante mis ojos: es una mujer sincera que ha sabido resignarse, que considera la culpa toda suya... en nuestra conversación no tuvo una sola frase injuriosa para tí... te nombra con cariño, se diría que pronunciase el nombre de su prometido... y no creas que lo hizo porque estaba frente á mí, por respeto á mi presencia; no... yo mismo la incité á confesármelo todo, pronuncié algunas palabras severas con respecto á tu conducta contra las cuales ella inmediatamente protestó prohibiéndome casi el que las usara refiriéndome á vosotros

dos.... en fin Mario, ví en ella á una noble mujer, digna de ser dichosa, digna de ser tu compañera... Te confieso, ante ella me reproché muchas veces mi egoismo y me prometí hacer lo posible para que fuera feliz... lo merece, Mario, merece tu estima, merece tu cariño *(no puede continuar).*

Mario:—Y si verdaderamente me amaba, por qué permaneció silenciosa cuando la dejé, por qué no hizo valer sus derechos, por qué no supo mostrar la pasión que por mi sentía?... No, Lidia, Eugenia no me amaba!...

Lidia:—No se rebeló?... Ah!... sabes por qué?... Porque existe en ella la verdadera señorita de estos tiempos... ese carácter íntimo de todas las jóvenes de hoy, la pasividad... Aceptó resignada tu decisión y supo plegarse ante los decretos de su destino... Ella no tiene la culpa de ser así, la tiene la educación que ha recibido... debido á esa educación no supo alzarse altiva contra tu abandono, debido á ella escondió su amor en la oscuridad de su casa dedicándose solamente á su niñita, á su pobre niñita...

Mario:—*(interrumpiendo)* Pero....

Lidia:—Y Graciela, qué dices tú de Graciela?

Mario:—*(con tristeza)* No sabe quien es su padre...

Lidia:—Y tú permitirás que crezca sin conocer el verdadero nombre de quién engañó á su madre, de quien no supo siquiera tener compasión de una pobre niñita?...

Mario:—*(interrumpiendo)* Por Dios, Lidia, calla, me haces mal con tus palabras.

Lidia:—Y no piensas en el mal que has causado á otras personas?

Mario:—*(con energía)* Y bien, qué pretendes?

Lidia:—Quiero que cumplas tu deber.

Mario:—Lo dices con tanta indiferencia. Tu amor...

Lidia:—Mi amor es siempre el mismo.

Mario:—No!

Lidia:—*(con sorpresa)* Qué! Te atreves á dudar de mi amor?... No te doy una prueba en este momento? No busco la manera de hacerte feliz?

Mario:—*(con acento doloroso)* Sí, con otra....

Lidia:—Con otra que sabrá labrar tu felicidad.

Mario:—Eso no es amor.

Lidia:—Sería amor el haber arrojado á Eugenia de mi casa, el haberla dejado seguir su camino sin sentir compasión por ella, el venir después hacia tí y, arrojándome

en tus brazos decirte: «soy tuya, sólo tuya?»... Si ese es el amor, yo no te amo.

Mario:—Finalmente!

Lidia:—Si, no te amo, no sabría amarte de esa manera. Ya te lo he dicho, mi amor es aún más noble, es el amor verdadero, el que sabe secrificarse...

Mario:—*(con tristeza)* Si, cuando muere...

Lidia:—No, no muere; al contrario, aumentará siempre al considerar que, en su nombre, has sabido cumplir con tus deberes, que, en su nombre, tú has llevado la felicidad á un hogar pobre y solitario en donde no faltaba sino tu presencia.

Mario:—*(después de una pausa dolorosa)* Y mi padre?

Lidia:—Es un hombre inteligente y bueno que sabrá convencerse. Todo depende de tí, de tus palabras, de tus acciones... Ah! si hubieras sabido hablar hace algunos años!... *(viendo que él calla)* Sí, Mario, sé bueno; dices que me amas?... pues bien esa será la prueba más elocuente de la nobleza de tu amor. *(después de una pequeña pausa)* No es cierto que has sido injusto con Eugenia?

Mario:—*(no responde).*

Lidia:—Aquella injusticia puede ser remediada, tienes todo lo necesario á tu alcance... serás tan bueno?... dímelo, serás tan bueno?...

Mario:—Es verdad, Lidia, he sido muy injusto.

Lidia:—*(lo mira ansiosa).*

Mario:—*(Calla por un momento, la mira con ojos suplicantes; se acerca á ella, tomando una de sus manos y besándola afectuosamente).* Perdóname, Lidia, no he sido digno de tí... he cerrado siempre los ojos ante la razón, me he dejado conducir por los demás, no he sabido ser dueño de mi mismo... perdóname... primero porque engañé á una pobre señorita dando oidos á los consejos miserables de un compañero... luego, porque la abandoné siguiendo las órdenes de mi padre, órdenes que sabía injustas, á las cuales podía haberme opuesto, y que sin embargo, obedecí... después, porque he llegado hasta tí, porque he osado acercarme á una señorita noble, muy noble en cuya compañía no merecía estar... perdóname; tú, con tu bondad, con el amor que me profesas, con la veneración que hiciste nacer en mí, has sabido cambiarme, has sabido despertarme mi voluntad adormecida que, de hoy en adelante, sabrá hacer valer sus derechos, sabrá rebelarse contra las injusticias de la vida... sí, Lidia, gra-

cias, gracias... perdóname, he sido un miserable!... *(con voz ahogada no puede terminar).*

Lidia:—*(lo mira siempre ansiosa).*

Mario:—*(después de una pausa)* Siempre recordaré las frases bondadosas que me has dicho esta tarde, serán para mi una norma, seguiré siempre tus consejos...

Lidia:—Es una promesa sincera?

Mario:—Cómo puedes dudarlo?.... A tí debo mi nueva vida, mi vida verdadera porque antes no vivía... Lidia, no vivía... *(acercándose más á ella)* Gracias, Lidia, gracias....

Lidia:—*(haciendo esfuerzos para aparecer tranquila)* No hay necesidad... trata de borrar las malas acciones del pasado con las bondades del presente... *(después de una pausa)* Ahora, vete, debes ir á hablar con tu padre, yo hablaré con el mío...

Mario:—*(con esperanza)* Entre nosotros dos?

Lidia:—Seguirá existiendo una amistad sincera.... *(con voz entrecortada por los sollozos)* Véte, Mario, véte... no tardes en llevar la felicidad á Eugenia... *(llevándolo hacia la puerta de la derecha, con mucha ternura)* Vé á abrazar por primera vez á Graciela... bésala, bésala muchas veces... dále muchos besos en mi nombre... *(no continúa).*

Mario:—*(de pronto deteniéndose cerca de la puerta)* Y tú, Lidia... serás feliz?

Lidia:—*(con un acento doloroso)* Sí, véte... mi felicidad será siempre el recuerdo de un deber cumplido.

Mario:—*(En un arranque de ternura se acerca á Lidia, la toma en sus brazos y le dá un beso al cual ella no sabe oponerse. Luego se separan).*

Lidia:—*(Cuando Mario desaparece permanece inmóvil durante un momento, luego viene hacia el piano; como inconcientemente modula en él las armonías más dolorosas del "Por qué" de Schumann; luego recostando la cabeza en su brazo derecho extendido sobre el teclado rompe á llorar.*

FIN

UN NOVELISTA DEL CRIOLLISMO BRASILEÑO

ALCIDES MAYA

Era en 1898, en 1899, en Porto Alegre, una de las más bellas ciudades brasileñas, magnífica en su placidez provinciana, hermosa bajo su límpido cielo azul, al margen del Guahyba que la circunda casi por completo, reflejando en sus aguas purísimas torres y campanarios, más altos sobre la cuesta que forma el cuerpo mismo de la ciudad. Los días corrían serenos, en la inconsciencia juvenil que se conforma con un poco de sol, una hora para vagar y el encanto de una ilusión en el alma. Nuestro grupo era tumultuoso, discordante en el choque de las ideas contrapuestas, unido y compacto por el ensueño de una misma esperanza. Diez, doce, todos jóvenes, con la alegría de vivir todavía no conturbada por las crueles realidades, fiándolo todo al acaso, pasábamos sin preocupaciones, felices con el hallazgo de una idea, satisfechos por el acierto de una rima, creyendo en la virtud todopoderosa de Nuestra Señora la Poesía. Tiempos que el azar del vivir hace más lejanos, tiempos que la distancia, no consigue borrar del todo... Allí estaban Ribeiro Tacques, Marcello Gama, poetas que no han claudicado, que prosiguen todavía su labor obstinada y perseverante; Ezequiel Ubatuba, lleno entonces de audacias naturalistas, perturbado por el acre perfume de las obras de Zola, más tarde secretario del presidente, disipado el encanto de la bohemia; Pedro Velho, Braga, Ernestino Mazza, que la muerte había de arrebatarnos brutal, estúpidamente... : otros y otros más, que aparecen vivos en la mente, que surgen de la sombra con sus rostros juveniles, sus ojos soñadores, sus melenas alborotadas, recitando á Castro Alves

en el silencio de la noche, en lo alto de la plaza de la Catedral ó musitando sonetos diabólicos de Cruz e Souza en un cuarto de «república», en la atmósfera pesada de humo de cigarro, mientras la *cuia* del mate pasaba de mano en mano...

Nuestro grupo solía unirse á otros y eran entonces las grandes algaradas en que se complicaban estudiantes, cadetes de la escuela militar, otros más, en aquellas horas en que la juventud vibraba al soplo de ideas nuevas, sintiendo latir á lo lejos el gran corazón de la vida universal. Y unas veces porque en la Habana se hundía el «Maine» y la guerra hispano-yanqui dividía en bandos rivales á la gran comunidad estudiantil, ó porque en Rennes se volvía á condenar á Dreyfus, la vida estaba con nosotros, pletórica, riente, dominadora.

Uno, empero, faltaba en el coro bullicioso: un jovencito pálido, rubio, de mirar fatigado por la contínua lectura, que á ciertas horas solíamos ver cruzar la «rua da Praia», silencioso, indiferente, con su eterno libro bajo el brazo. Merecía todo nuestro respeto, y más de una vez al pasar en gira alegra por la calle «da Azenha», nos señalábamos mutuamente cierta casita pequeña, una puerta, una ventana, donde hasta altas horas de la noche se veía la iluminación de una lámpara. Allí vivía el joven pálido y rubio, Alcides Maya, en aquel tiempo director de *A Republica*, diario de oposición, en que la constancia firme de su juventud pretendía derribar la muralla del «Castilhismo», abriendo brecha en las teorías de Comte con la fuerte maza del spencerismo. Había dudas y sonrisas entre muchos que veían en Julio de Castilhos la esperanza de su patria, la esencia del republicanismo abnegado; pero, se respetaba su voluntad, se apreciaba su talento, se le señalaba como el más fuerte de la generación que surgía. Su pluma era lanza y espada en el ataque, y el mozo se batía bien, apesar de las pullas con que *A Federaçao* le asaeteaba. Hábil, fuerte, inteligente, Alcides Maya hacía su camino. El porvenir se abría ante él, luminoso, seguro, sin más obstáculos que los que él se permitiera por el solo placer de vencerlos.

Pasó el tiempo... Volaron años... Aspera la vida abrió su abismo de indiferencia ya que no de olvido y todo aquello quedó en la lejanía, como un buen sueño de paz y de quietud, consolando las horas tristes de la brega. Porto Alegre, con su cielo azul, sus bahías maravillosas, sus «arraiales» perfumados, su paz y su ventura, quedaba

lejos; lejos también el grupo bullicioso, unos vegetando lamentablemente en el fracaso de una ilusión, otros arriba, en la altura deseada; algunos más en la región de donde no se vuelve. Silencio horrible, presagiador de olvido y de vez en cuando el recuerdo, ráfaga luminosa en la densidad de la noche, fulgurando como un chispazo de otros días.

Hoy llegan á mis manos dos libros de Alcides Maya y lo pasado se levanta, en la evocación de *saudades* y la pluma corre fácil, veloz, satisfecha de probar que no todo desaparece y que hay horas inolvidables en el vivir apresurado y absurdo de nuestro tiempo.

***

La literatura brasileña, diferenciándose en mucho de la de los demás países sudamericanos, ofrece la particularidad de varias y bien determinadas divisiones que señalan la variación espiritual impuesta por la diversidad de sus ambientes regionales. Contrariamente á lo que sucede en los demás países, donde la literatura se ha nacionalizado, tendiente á formar un todo compacto y homogéneo, si diferente lo argentino de lo peruano, igual lo jujeño y lo bonaerense, buscando en lo artístico esa unidad que es una muestra del sentimiento patriótico, en el Brasil la subdivisión se ha impuesto. Razones geográficas y económicas han primado, alterando la unidad que debía darle la lengua común.

Así como las exigencias del centralismo, que es la base de lo argentino, unifica en nuestro ambiente la expresión artística, subordinándolo todo á la orientación de Buenos Aires, centro de actividad nacional, foco de energías, alejando á planos muy distantes la vida intelectual de las regiones, cuyas diferencias de suelo, clima y lenguaje quedan anuladas por la exigencia económica que todo lo subordina á la metrópoli, en el Brasil hay círculos netamente definidos, con su vida económica por completo independiente, costumbres propias, desemejante lenguaje, tradiciones diversas y hasta ideales diferentes. Pará, Pernambuco, Ceará, San Pablo, Paraná, Río Grande, constituyen centros diversos de actividad mental, sobre los cuales influye más el pensamiento europeo, que á ellos llega directo, que la influencia particular de cada uno. Río de Janeiro, habiendo abdicado hace mucho tiempo su propósito de ser un centro regularizador, es un gran campo neutral donde to-

dos los grupos regionales confraternizan en la formación de la muy noble y magnífica literatura brasileña.

Esto explica el éxito resonante de un Graça Aranha con su *Canáan*, de Afranio Peixoto con su *Esphynge*, de Coelho Netto con sus obras valiosas de verdad y de arte, de Alcides Maya con sus cuentos y novelas de Río Grande del Sur. Todos ellos, representantes de un ambiente regional, triunfan sobre la vida cosmopolita de la gran ciudad, atenta al rumor que sobre los mares llega de Europa. Es el regionalismo, poco menos que desconocido en la Argentina, lo que con su diversidad multiforme está formando el alma brasileña.

***

Río Grande del Sur, el más meridional de los estados que componen la federación brasileña, está situado á igual latitud que las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes. Dividido en dos zonas, netamente definidas, montañosa la una y llana la otra, con las características la primera de la región tropical y la segunda de las cuchillas entrerrianas, donde escasean los árboles y las tierras desnudas dan libre paso al minuano, forma un ambiente que contrasta con la expansión maravillosa de las zonas central y norte del Brasil.

El medio físico tropical que, como bien hace notar Sylvio Romero en su «Historia da litteratura brasileira», tanto ha constituido para empobrecer la raza y abatir el ánimo de los creadores artísticos, fatigados al comienzo del camino por la influencia nefasta del clima, ha esterilizado la acción de la literatura. El brasileño suele ser prematuro, pero con raras excepciones constante y capaz de sustraerse al poder nefasto del medio en que surje.

Río Grande del Sur, seco, de clima un poco más rudo, áspera la tierra donde la actividad se hace necesaria para hacerla producir, es una excepción. Las inteligencias prematuras no dejan de señalarse, pero no en tan grande número. En cambio, su obra es más duradera, más consistente.

De la misma manera que en los países del Plata la literatura y el arte han sido hasta ahora generos de actividad casi aparte del común de las inteligencias, prefiriéndose otros aspectos de la vida, más de acuerdo con las dificultades del ambiente, en Río Grande no ha habido literatura hasta hace muy pocos años. Los pocos que surgían eran considerados como tránsfugas de la actividad.

De ahí esa notable diferencia producida entre Río Grande y los estados del Norte, donde la vida fácil permitió desde la época colonial la aparición de inteligencias dedicadas con exclusividad á la obra literaria, sin preocupaciones materiales que constituyeran un obstáculo á esa noble actividad.

Esa circunstancia ha hecho que la vida en Río Grande corriera en mucho semejante á la de la Mesopotamia Argentina, influenciada por el clima y por las costumbres, dando frutos semejantes, que en literatura han dado una misma flor: el criollismo rural, la evocación de la vida campera, la existencia azarosa del gaucho, en lucha con el progreso.

***

Martiniano Leguizamón y Javier de Viana, los únicos que en la Argentina y en el Uruguay han mantenido con decisión los fueros del criollismo, dignificándolo hasta elevarlo á la altura de las verdaderas obras de arte, encontrarían en ese estado brasileño un buen grupo de camaradas, jóvenes y viejos, que vienen bregando con decisión y entusiasmo por el triunfo de una causa idéntica.

La lucha ha sido allí un poco más dura y difícil. El criollismo en la Argentina no ha tenido que luchar con un ambiente enemigo; no ha necesitado más que dignificarse literariamente para conquistar la simpatía y el aplauso públicos. Equivocado con Gutiérrez, por falta de un verdadero concepto literario, el criollismo obtuvo el consentimiento colectivo el día en que Leguizamón le dió la seriedad de las evocaciones históricas, el valor de la exacta interpretación de un ambiente, como fué respetado desde el momento en que Leopoldo Lugones, con su *Guerra Gaucha*, le dió la importancia toda de la obra de arte serena y pura.

En Río Grande del Sur la lucha ha sido difícil, obstinada, á veces ingrata y peligrosa. De las pendencias políticas de comienzos y fines del siglo XIX — fruto á su vez de la ruda lucha sostenida por españoles y portugueses durante la colonia en las llanuras del sur, junto á la Laguna de los Patos, al margen del imperio jesuitico —, quedó en la opinión brasileña una honda desconfianza. Decir *gaúcho* era evocar el recuerdo de los *farrapos* autores de la República de 1835. Y hacer obra regional era

sentar las bases de una disidencia política, sospechosa en el criterio receloso del poder central.

No se quería comprender que como había una modalidad cearense y otra paulistana, podía el espíritu de los hombres de Río Grande tender á la exaltación de lo propio. No querían comprenderlo, sospechando en cada autor criollo un insurgente, viendo en cada obra regional una proclamación de filibusterismo. Y como los riograndeses no podían ni debían tener otra literatura que la genuina y propia de su ambiente, ello ha sido causa de que por muchos años la labor intelectual fuera escasa, manifestándose de tarde en tarde por obras que señalaban un alto mérito oculto, aguardando la ocasión de exteriorizarse libremente.

En la actualidad, disipado el temor de un absurdo separatismo, la literatura regional riograndense merece contarse en el movimiento sur americano.

Los escritores rio grandences, alejados del gran centro de la actividad literaria brasileña, — Río de Janeiro , han sentido crecer en su pecho el amor á la patria chica, tan diversa de las demás partes componentes de la unión federal. El criollismo ha sido en ellos una afirmación de la voluntad consciente, una consolidación de los anhelos que empujaban las huestes rebeldes de Gumersindo Saravia y de Joca Tavares en larga y sangrienta lucha revolucionaria, protesta contra el espíritu dominador del centralismo.

Alcides Maya, que se hizo hombre en medio de la agitación política de aquellos días, que puso sus entusiasmos de adolescente al servicio de la causa del federalismo, protestando más tarde, con la palabra y con la pluma, de ciertas audacias poco acordes con su temperamento, no podía ser en literatura más que un *criollo*, un hombre enamorado de su región, cantándola con el noble afán de engrandecerla, sintiendo latir muy junto al suyo el grande y magnánimo corazón de su tierra.

Y después de algunos ensayos que no nos es dado juzgar, esparcidos acá y acullá, en la vaga publicidad de ciertas revistas literarias, apareció en 1910 la anunciada novela, aquel «romance gaucho» cuyo título, *Ruinas vivas*, dice con sobrada elocuencia la honda intensidad de las ideas en él expuestas por el joven autor brasileño.

La vida del campo, esa vida un poco triste, más bien melancólica en su monotonía, de la llanura sur americana, está fielmente reflejada en las páginas de esa novela, con

sus cualidades características, como aún no habíamos podido hallarla en ningún otro libro semejante.

Faltaba á la vida del nativo de la pampa la historia exacta y verdadera. Faltaba en la novela documentada el contrapeso de aquel magnífico poema que es *Martín Fierro*. Los escritores uruguayos y argentinos, tal vez con mayores condiciones para la aventura, pero con algo menos de voluntad y de entusiasmo, han descuidado en exceso la novela campesina. Martiniano Leguizamón se ha limitado ultimamente á la obra corta de los cuentos, lo mismo que Javier de Viana, y falta aún la novela exacta, definitiva, que pueda mostrarse como un documento que sintetice el vivir de un pueblo, la existencia de una raza.

Alcides Maya ha hecho el milagro en tierra brasileña. Como Graça Aranha con la región norte del Brasil en las páginas maravillosas de *Canaán*, ha sintetizado la vida del gaucho; pero, haciendo su labor con un poco más de valentía, sin dejarse arrastrar por el engaño de arte puro y por la divagación filosófica que tantas veces extravía á los creadores de belleza haciéndoles olvidar la contingente realidad de las cosas.

Ruinas vivas es una noevla, pura y sencillamente una novela, con su acción dramática, con sus complicaciones sentimentales, con una admirable y serena descripción de ambiente que vale por todos los tratados de etnografía y sociología que sobre Río Grande del Sur puedan haberse escrito.

El ambiente, con ligeras variantes introducidas por la historia, es el mismo que en las cuchillas uruguayas y entrerrianas, no en vano aquel estado, hoy brasileño, forma la verdadera Tierra Oriental. Es el mismo carácter del gaucho, soñador y atrevido, apocado á veces y audaz en ocasiones, hombre de impulsos y de sentimientos, mezcla confusa de una tradición que se pierde, mal amalgamado con las imposiciones de una civilización ajena.

Los paisajes son los mismos: llanuras extensas donde el ganado pace tristemente bajo la monotonía de un cielo sin altura; bañados traidores, centelleantes al sol como pupilas; cuchillas que se alzan lentas y fáciles, semejantes á pechos nacientes de la gran tierra virgen; á la distancia un cañadón, el ombú solitario, más lejos un rancho, *puesto* avanzado de la estancia, que aglomera á lo lejos los cobertizos de tres ó cuatro galpones. En el horizonte, al ponerse el sol hay el mismo incendio y en las noches la misma augusta serenidad infinita.

Los hombres son los mismos, con iguales pasiones, con idénticos sentimientos, con las mismas audacias en el alma y los mismos entusiasmos en el corazón. La vida transcurre en las faenas pastoriles, un poco bárbara y salvaje, más típica que en estas tierras argentinas y uruguayas porque la civilización no ha invadido aún todos sus rincones y el criollo no se ve obligado á retroceder, arreando su tropilla de ganado, cediendo el puesto á la cultura apresurada de nuestro tiempo.

La trama fundamental de *Ruinas vivas* es el tema que el ambiente impone desde hace mucho: la derrota del impulso gaucho, no por la bondad de una cultura superior, sino por las condiciones hipócritas de una civilización más hábil para toda aventura de dominio.

Miguelito, nieto bastardo de un estanciero, caudillo famoso, se ve obligado á vivir la existencia perseguida del gaucho á quien rechaza el ambiente inferior que le circunda. Espíritu superior á lo que le rodea, con algo elevado y grande dentro de sí, capaz de generosidad y belleza, digno del impulso noble y levantado, se revuelve contra la miseria de los suyos, como pudiera revolverse en las aguas legamosas de un charco, hundiéndose cada vez más en ellas.

El libro desarrolla una admirable y grande fuerza pasional, presentando escenas magníficas, curiosas unas, otras impresionantes, dando la sensación de la verdad.

Y como *Ruinas vivas*, novela que vivirá en las letras criollas como la más fiel y acabada expresión de un aspecto del vivir colectivo, su nuevo libro *Tapera*, cuentos gauchescos, en que el talento del autor se muestra en toda su intensidad, en ese que es el más difícil de los géneros literarios.

Las obras de Alcides Maya, tienen además sobre la generalidad de las de su estilo una inmensa ventaja: son obras eminentemente literarias en las que el idioma alcanza la plenitud reservada á las literaturas que como la brasileña, tienen una larga y sana tradición. Por ello *Ruinas vivas* y *Tapera* sobrepasan en mérito á casi todo el criollismo de las repúblicas platenses en que la mayor parte de las obras de esa índole han olvidado las exigencias del arte.

JUAN MAS Y PÍ.

LETRAS ARGENTINAS

«Un excellent critique serait un artiste qui aurait beaucoup de science et de gout, sans préjugés et sans envie».

VOLTAIRE.

La Dirección de NOSOTROS me ha hecho el honor de encomendarme la crítica de literatura argentina en esta sección bibliográfica. La he aceptado consecuente con mi propósito de servir en cuanto me sea posible el ideal de cultura y difusión literaria y artística que esta revista importa. No he de negar mi sencilla contribución á empresa tan elevada y de tanta necesidad en nuestro medio.

Lamento el primero, que esta tarea deje de estar en manos de quien hasta ahora supo cumplirla con ecuanimidad y competencia, y procuraré sustituirle dignamente. Si no estoy seguro de dar gran lucimiento á mis crónicas, puedo en cambio estarlo en lo que respecta á la serenidad, amplitud y tolerancia de mis juicios, jamás turbados por el apasionamiento que conduce á la injusticia, ni rejidos por fórmulas estrechas. La crítica requiere para ser ejercida con nobleza, esa virtud de simpatía y facultad de admirar, que capacitan á quien la realiza para compenetrarse con la obra examinada y desentrañar su significación moral y su valor estético. Como dice Renán, «el progreso de la crítica no es posible sino á condición de una rigurosa buena fé». Con razón se ha afirmado, en efecto, que las obras más perfectas pueden tornarse rídiculas por la malignidad del intérprete. Un verso sublime resulta absurdo si se le declama afectando un tono de necedad.

Confieso mi predilección por los estudios amplios, profundamente analíticos, completos y prolijos, de que tan preclaro ejemplo son entre los franceses, — maestros insu-

perables en este arte, — los debidos á Sainte Beuve, Taine, Scherer, Brunetiere, Faguet, France y tantos otros, pero no cabiendo en los límites de esta sección trabajos de esa naturaleza, y no pudiendo ser, por otra parte, la mayoría de los libros que aquí se publican, objeto de esa clase de comentarios, la crítica á hacerse estará, salvo una que otra excepción, extrictamente ceñida á la obra juzgada, y exenta en lo posible de esas digresiones tan tentadoras para el crítico, pero que no tendrían, como digo, lugar en estas páginas.

La eficacia virtual de la crítica, en cuanto á su finalidad inmediata, ha sido muy discutida. Creo no obstante que un dictámen sincero, en que la sinceridad se transparente, juicioso en sus observaciones y expresado con altura y buena fé, no puede menos de operar en los autores una acción saludable á la vez que concurre á formar el gusto y encaminar el criterio de los que leen.

El concepto de tolerancia antes enunciado, no implica desde luego una benevolencia incompatible con la dignidad del arte, hacia obras falsas y deleznables. No implica sino la vastedad de espíritu necesaria para reconocer en todos los modos de concebir el arte y en todas las formas de realizarlo, — aún en aquellas que están fuera de la tendencia ú orientación predilecta del crítico por razones de temperamento, — lo que ellas atesoren de verdadero, de bello y de bueno. Toda labor desprovista por completo de algún atributo que la dignifique, debe ser juzgada con severidad implacable.

Tal es el ánimo con que asumo esta tarea, cuya seriedad mido y cuya responsabilidad bien se me alcanza. He de tratar de que ninguna circunstancia me aparte ni aún involuntaraimente de la línea trazada y de estar lo menos lejos posible (siquiera sea en lo que toca á su última claúsula), de la definición del filósofo que sirve de epígrafe á estas palabras preliminares.

A. M. L.

"Las chicas de mamá Pacholí". Narración de costumbres por Federico S. Mertens.

Es una novela breve, dividida en capítulos titulados, y animada de cierto espíritu de sátira social, en la cual se confirman las cualidades de observador y colorista que

obras anteriores como «Las de enfrente» (teatro) y «Cosas de la vida», acreditaran en el autor.

El señor Mertens describe las modalidades de una familia de la clase media y el ambiente en que ella se ajita. Las chicas de mamá Pacholí son esos frecuentes ejemplares de muchachas de posición modesta, pródigas de su emperifollada presencia en puertas y balcones de barrios apartados, que tocan en el piano valses de moda, logrando una ejecución más ó menos lejana del original, y se dedican todos los días, con puntualidad sistemática, á la caza del novio conveniente, y marido probable, cuya adquisición comporte, desde luego, una mejora de la situación actual, pues como dice una de ellas con gráfica frase, en el libro de Mertens, «no es cosa de salir de un rancho para entrar á otro».

El autor señala en forma irónica – *castigat ridendo mores*, — todo lo lamentablemente cursi del medio y sus personajes; toda la guaranguería ambiente, la ridiculez de ciertas simulaciones y pretensiones aristocráticas, y la regocijada comicidad de algunas situaciones; haciendo resaltar la debilidad de los que no acomodándose al sitio que les corresponde, se mortifican á si mismos pretendiendo siempre una apariencia superior á la realidad. Lo irónico de la descripción se pronuncia, demasiado á veces, hasta producir esa impresión amarga que resulta de la contemplación de las flaquezas y miserias humanas.

La intención burlesca y el propósito correctivo que informan la novela, están resumidos en esta antigua canción que el autor pone en pico del loro de mamá Pacholí, quien con admirable inconsciencia de la viga en ojo propio, la ha enseñado al animalito en perseverantes lecciones:

La Habana se va á perder
Y la culpa es del dinero
Los negros quieren ser blancos,
Los mulatos caballeros.

«Le mond où l'on s'nnui», esta estudiado concienzudamente. El autor consigue sin duda dar una sensación de realidad y hay en su obra multitud de detalles bien observados. Pero al ordenar esas observaciones é impresiones en forma narrativa, el señor Mertens no resulta tan feliz, por falta á veces de la expresión adecuada y justa y casi siempre por carencia de lo que llamaríamos criterio depurativo de la observación, con respecto á la obra literaria. Dadas las condiciones que posee, el autor podría

ser un novelista si supiera destacar con seguridad lo principal de lo accesorio y acentuar solo lo esencial, lo típico, lo realmente significativo; cualidad que le falta por ahora, ó que por lo menos no revela en esta obra. Es cierto que la mayoría de esos detalles descriptos existen en la vida diaria, pero no es menos cierto que ellos no tienen una igual importancia á los efectos de la obra de arte. El autor da á muchas cosas una misma significación que están lejos de tener, se detiene é insiste en circunstancias que podrían omitirse por superfluas ó cuando menos señalarse con un toque rápido, y esto no es equitativo en la novela, donde hasta el más ínfimo detalle debe ocupar su sitio exacto para concurrir al efecto armonioso y equilibrado del conjunto que sujiera así la visión de la vida. Carece pues del sentido de la proporción y la perspectiva; de aquí que su relato procure á veces una impresión equivalente á la de una tela donde todos los seres y objetos representados, aún los que debieran ser objeto de una menor delineación y colorido figuraran en un mismo plano y con idéntica acentuación.

Otro de los defectos de este libro está en la incorrección de su forma. Diríase que el autor descuida deliberadamente el estilo. Fórmulas sintácticas defectuosas, giros deformes, frases pleonásticas, adjetivos inexactos ó deficientes, abundan por doquier en su prosa. No es tan solo que le falte el sentido del período armónico que poseen muy pocos. Es que construye con evidente imperfección. Podría citar á más frecuentes ejemplos de dudoso gusto en sus símiles, imágenes, metáforas y tropos casi siempre poco escojidos cuando no vulgares.

Las cualidades susceptibles de perfeccionamiento que hay en Mertens, permiten esperar que con un mayor estudio del método y procedimiento de la novela y castigando severamente su estilo, produzca obras de mérito más positivo que la que ahora nos ofrece.

Discúlpeme el autor la franqueza un tanto ruda de estas apreciaciones, pero si he tomado sobre mi esta tarea no ha sido precisamente para acariciar á los amigos...

"El arbol que canta". Poemas de Emilio Lazcano Tegui.

Un título que es un precioso hallazgo por su evocación *miliunanochesca*, decorando un libro extravagante, irónico, sentimental, vago, sorprendente, hermoso á veces, incom-

prensible casi siempre, musical, inarmónico é impertinente, que de todo esto hay en él. A través de sus páginas el autor recorre una extensa gama de colores y sonidos yendo desde el blanco de esas *romanzas sin palabras* á la manera verleniana, — simples sugestiones ensoñativas, — y desde el matiz suave hasta el rojo vivo de sensaciones violentas y la policromía de complejas visiones; ó bien desde la sencilla melodía hasta la orquestación polifónica.

La mayor parte de esta poesía resulta poco ó nada accesible. Puede decirse que el señor Lazcano Tegui cultiva brillantemente la obscuridad literaria. Dice las cosas con tan abstrusa combinación de imágenes y vocablos incongruentes y hasta contradictorios, que sus poesías deben quedar casi siempre solo comprensibles para él. Pero de cuando en cuando la visión se aclara, el instrumento se afina y surgen hermosos versos que atestiguan la existencia en el autor de un temperamento de poeta, oculto por su propia extravagancia como bajo un disfraz arlequinesco. Cuando esa manifestación sin trabas, de su pensamiento, se produce en composiciones enteras, brotan poemas serenos, armoniosos, sugerentes, como *La buena canción, Pregunta el jardin, Las hojas del otoño, En la primera página,* ó como el siguiente *Huerto matutino,* de una diáfana sencillez:

¡Buena la mañana
Que quedó dormida,
Que se ahogó en la fuente
Como una suicida! . . .

En la tierra apenas
Se siente el ruido
Del andar de amantes
Que no tienen nido;

Sol en las estatuas.
Sol en los canteros.
Sol en las espaldas
De los jardineros.

A lo lejos sueña
La pareja ilusa
Y el guardian alarga
La mirada intrusa.

Los labios amantes,
Cual los peregrinos.
Piden solamente:
¡Sombra en los caminos,
Sombra en los caminos!

He aquí otra delicada y fantaseosa composición titulada *Deseo:*

Yo quiero ser el alma del jardín,
Que os dice buenos dias, floreciendo un jazmín;
Que os sigue en los caminos por donde nadie vá;
Que en donde esteis, está.
La que llega á la verja para veros partir
Y que, llegando á ella, os quisiera seguir....
La que se queda triste por que cree que jamás
Tornareis...
.....
Tener ese ragazo de madre de los bancos;
Ser guijarro hecho al roce de plantas amorosas,
Ser como el buen cerezo, todo pimpollos blancos,
Ser como los rosales, todo rosas!....
Ser siempre el poeta iluso que os sigue entre la fronda
Tener de los estanques esa mirada honda
Y azul... Tener todo, Señora,
Y saber que soñando, perderías la hora...
Más, llegar á la puerta del jardín y dejaros
Y de ahí ver esfumarse en vuestros ojos claros,
El cielo, la mañana, la fuente y todo eso,
Que es suave y es sonoro, como es sonoro un beso.
.....

Véase asimismo esta espiritual reminiscencia de «Las fiestas galantes», en que un abate y su dama dialogan amablemente bajo la fronda:

ELLA. *Vuestra frase pecadora*
Merece las diciplinas
de los Santos Ejercicios.
EL. *Es lo que pido: cilicios*
De vuestras manos divinas.
ELLA. *Abate hay un sacrilegio*
En vuestras fintas galantes.
EL. *Si las rosas son fragantes,*
Olvidad su sortilegio.
ELLA. *Abate cuando se es vieja. .*
EL. *¿Vieja? es un modo algo fuerte.*
ELLA. *Es aviso que la muerte*
Se olvida en toda bandeja.
EL. *¿Os poneis triste, Madama,*
Mi causa no os da placer?
ELLA. *Abate, que hemos de hacer*
Cuando se dobla la rama?

Esto me afirma en la opinión expresada de que el señor Lazcano Tegui está dotado de una verdadera organización de poeta, á quien solo le falta despojarse de esa crisálida abigarrada de rarezas tan amenudo de mal gusto.

Reconozco que, como dice Teophile Gautier en el estudio consagrado á Baudelaire, hay personas naturalmente complicadas, en quienes la simplicidad vendría á ser

afectación; puesto que «las circunvoluciones de sus cerebros están de tal modo replegadas, que las ideas se retuercen allí, se encabalgan y se rizan en espirales en lugar de adoptar la línea recta. Los pensamientos más complicados, más sutiles, más íntimos, son los primeros que se les presentan, etc.» Admito la razón psicológica expresada por el autor de «Esmaltes y camafeos» y en este sentido no niego que pueda haber naturalidad en ciertas extrañas analogías encontradas entre las cosas por el escritor de que trato, pero de ahí á la simple incongruencia ó desvarío inasible, en que él abunda, hay una larga distancia. La prueba de que el señor Lazcano Tegui puede hacer cosas más sencillas, más claras, más expontáneas, vale decir más poéticas, es que las ha hecho ya, como en los casos señalados. De ahí que se le deba exigir en nombre del arte, la elección de esas formas en que su espíritu se exhibe con más generosidad y riqueza de verdadero lirismo.

Al hacer al autor estos reproches creo estar á salvo de que se me juzgue «un incomprensivo» ya que las mismas composiciones citadas favorablemente, son por su concepción y estructura solo asequibles para los familiarizados con las nuevas formas literarias. Esa censura que creo justa, tiene por base la razonada convicción de que internándose en tan ambiguas nebulosidades, el artista no logra traducir eficientemente en su verso las ideas ó sentimientos que le inspiran, ni infundirlas por lo tanto en los demás. No suscita así emociones de belleza por más que él las experimente en si mismo, porque desfigurado el sentido ó la intención poética á causa de su atormentada dicción, quedan aprisionados en las reconditeces y vericuetos de su estilo, sin poder volar hacia el espíritu del lector, como según la hermosa imagen de Darío, cada expresión de Campoamor, hecha abeja, vuela á dejar á un tiempo su miel y su punzada en los labios y el corazón de quien tiene en sus manos un libro del poeta de las *Doloras*.

El procedimiento poético que Verlaine resumiera en un verso célebre, — *Pas la couleur, rien que la nuance,* — y cuya aplicación diera á sus poemas la sujestividad encantadora que de ellos brota, no implica en manera alguna lo que el señor Lazcano Tegui realiza en su obra. Por aquello ha de entenderse la suavidad yagorosa de los tonos, que abre infinitos horizontes al ensueño; nunca la confusión ó el extravío, que propone á la mente del lector insolubles problemas de ajedrez literario.

Mallarmé, cuyos propósitos artísticos no llegaron á concretarse cabalmente en la forma poética que él soñaba y sentía, siendo lo que realizó, imperfecto para su aspiración suprema, compensaba la brumosidad de sus versos con una música verbal no igualada, que era por sí misma un motivo de superior delectación.

Por lo demás, erraría quien supusiera que esto de la obscuridad es producto de la escuela simbolista, como pretenden algunos. Escritores obscuros los ha habido en todos los tiempos. Cuando tropiezo en *El arbol que canta* con composiciones tan herméticas como *Las Damas*, *Es la Noche*, *El Rondel del Blanco Negro y la Rosa*, *El Esposo*, *Noctámbulo*, y tantas otras, no puedo menos de recordar, por ejemplo, este precioso epigrama de aquel satírico Meinard que floreció en la época de Malherbe:

Ce que ta plume produit
Est couvert de trop de voiles.
Ton style est une nuit
Veuve de lune et de étoiles.

Mon ami, chasse bien loin,
Cette noire rethorique,
Tes ouvrages ont besoin
D'un devin qui les explique.

Si ton esprit veut cacher
Les belles choses qu'il pense
Dis-moi, qui peut t'empecher
De te servir du silence? (1)

Dada su modernísima tendencia, el señor Lazcano Tegui se muestra, en cuanto á la ejecución, partidario decidido del *versolibrismo*, con el cual es tan difícil obtener resultados fonéticos gratos al oído y al espíritu. El procedimiento inaugurado por Gustave Kahn con sus *Palacios*

Lo que tu pluma produce
Está cubierto de velos
Tu estilo es como una noche
Viuda de luna y de estrellas.

Amigo, arroja bien lejos
Esa tu negra retórica
Tus obras han menester
Un mago que las explique.

Si tu espíritu desea
Ocultar las bellas cosas
Que piensa, di ¿quién te impide
Que te sirvas del silencio?

(Trad. del autor).

Nómades es, como se sabe, á la poesía, algo así como el wagnerismo á la música. Es la melodía indefinida del verso. El autor que me ocupa disloca los ritmos y combina arbitrariamente las más diversas cantidades silábicas, logrando á menudo felices efectos de musicalidad verbal; pero suele incurrir también en defectuosas conformaciones que quitan toda proporción armónica al conjunto estrófico. Su versificación francesa, de la que hay algunos ejemplares en el libro, ofrece las mismas modalidades, si bien se nota en ellas cierta trabazón, pues es evidente que el autor no conoce ese idioma tanto como el propio, en el que tampoco está exento de algunas incorrecciones que no me detendré á señalar, pues detesto cordialmente la mera crítica gramatical, cultivada con tanto éxito por los dómines españoles de todos los tiempos.

De la moral del autor, ¿qué decir? Su visión limitada de la vida objetiva, le abstrae en un personalismo que determina en él cierta actitud egoista de amoralismo subjetivo. Suele alardear en sus versos una refinada perversidad á lo Aretino y una voluptuosidad de lo horrible, lo raro y hasta lo feo, como el autor de «Las flores del mal». Pero creo que esto es más un deseo de aparecer extraño, que una manifestación directa de su espíritu.

Por lo demás, muéstrase en su obra imaginativo é idealista. De esto da idea la elección de sus asuntos. No vibrará su alma con pasiones colectivas, ni hallarán eco en él las solicitaciones de la vida que bulle á su alrededor. Canta tan sólo sus visiones y ensueños interiores, con despreocupación absoluta de las materialidades que le rodean.

Sin embargo, Lazcano Tegui es el único de nosotros que todavía se propone asombrar á los burgueses. Esto ha pasado ya á ser una ingenuidad, y en él sólo es disculpable por los caracteres de su idiosincracia. Sus *boutades* y gestos proverbiales entre cuantos le conocemos de cerca, su título quimérico, sus interesantes odiseas, hacen de él un tipo pintoresco, simpático y atrayente. Es un personaje *d'aurevillesco* que en un ambiente de juicioso achatamiento resulta muy estimable. Como poeta le considero ampliamente perfectible, y creo que, cuando libertado de ciertos pruritos inútiles de originalidad *a outrance*, se dedica á manifestar serenamente las verdaderas emociones de su espíritu, hará obra buena y perdurable.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

NOTA.—El último libro de Don Ricardo Rojas, *Blasón de Plata*, sale á luz en el momento de cerrar el presente número. La crónica de esta nueva obra del fecundo y laborioso escritor, será hecha en consecuencia, el próximo mes.

CRÓNICA MUSICAL

Tristán é Isolda.

La compañía del Colón nos ha dado cinco representaciones de este admirable poema dramático de Ricardo Wagner.

La mayoría de los musicólogos, según tenemos entendido, califican de poemas las óperas del maestro, y en este enunciado fundamental está la mejor definición de «Tristán é Isolda».

Creyérase que las páginas descriptas que abundan en esta obra contradicen su calificación de poemática, y así sería en realidad si las cosas que se describen no tuvieran su aspecto, su sentido trascendental. Pero en «Tristán é Isolda» todo es trascendental, comenzando por la pasión misma que constituye el asunto de la obra. Como personajes dramáticos, Tristán é Isolda significan en la escena lo que en la novela Julieta y Romeo.

Describir un filtro, un velo, una antorcha que se apaga, no hubiera significado nada nuevo como propósito si la descripción se sujetase estrictamente á los meros contornos reales de las cosas descriptas. Y es que en «Tristán é Isolda» la gloria del amor arroja un vasto reflejo sobre todo lo que contiene la escena: corazones, filtros, árboles y espadas.

Los objetos que se describen ahí, son como los objetos de los héroes: tienen un sentido que sólo existe en quien los ha tocado. Wagner comienza por atribuir á sus personajes la heroicidad del amor; magnifica las cosas exteriores, y desde entonces, todo es en su poema la resentación de un pensamiento.

Esto ha hecho que los wagneristas hablaran de música psicológica. Por lo que respecta á «Tristán é Isolda»,

no hay tal psicología. No se revela allí un alma, sino el alma idealmente concebida. No hay allí un amor, sino el amor. La distancia misma que vá de la psicología á la filosofía.

La extensión misma del idilio del segundo acto demuestra este colosal propósito, conseguido en el término de unos minutos.

Ya en el primer acto se siente el auditor penetrado por dos conceptos que bien pueden ser cosubstanciales del concepto central del poema: el sentimiento de grandeza y amplitud del océano que circunda la escena. Desde el comienzo, todos los sucesivos momentos orquestales concontribuyen á colocar al auditor, gradualmente, en la posición de espíritu necesaria para asistir á la maravilla del acto segundo.

Donde otro músico hubiera intercalado un coro que increpa á Isolda ó que se entrega á las faenas de bordo, Wagner intercala un breve compás coral cuyo motivo melódico llega á dar una idea angustiosa de la soledad marítima. Obtiene aquí con un número reducidísimo de instrumentos un efecto genial. No es posible asistir á tanta simplicidad sin sentirse sobrecogido.

Al iniciarse el acto segundo, se asiste á la rebelión de Isolda contra Melió. Los «fortísimos» son, sin embargo, raros en la partitura. Dijérase una rebelión sofocada por un amor demasiado anhelante; un ímpetu humano absorvido por una pasión gloriosa que lo transforma y lo anula.

La orquesta anuncia á Tristán y poco después describe el largo éxtasis de los héroes.

El análisis de este acto es el que más se presta para dejar sentada la diferencia que acabamos de hacer notar en lo que se refiere á la revelación musical del alma de los personajes.

Isolda se nos presenta en el comienzo de este acto frecuentemente inspirada por un orgullo que Wagner magnifica en altiva nobleza. Pudiera, pues, aceptarse que el maestro describe ahí un matiz psíquico de Isolda, y no hay tal, porque el autor emplea el mismo tema en la partitura de Tristán al iniciarse el acto tercero, y con ese mismo tema labra todo el canto de Isolda al final del drama.

Como se vé, no hay una individualización de las pasiones. Tristán é Isolda se identifican por el orgullo y la nobleza tanto como se identifican por el amor. Hay allí, antes que «un orgullo», el concepto del orgullo de una pasión magnífica.

Ambos personajes, en todo el acto segundo, afirman un alma que ya existe en todos los amores heroicos de la literatura. Es por esto, además, el acto para los poetas. Es, sobre todo, un acto indescriptible. La orquesta se abre en una vasta sensación de gloria; la belleza del amor se hace allí tan perceptible como la belleza de la luna.

Entre la profusa sucesión de acordes que describen las gradaciones del ensueño, se oyen pasar, apenumbradas y ligeras, siempre llevadas al «morendo», melodías de sabor remoto que dejan el corazón encantado, así como pasaría el genio ante la sublimidad de una escena purísima: comentándola en voz baja.

Imposible detenerse ante otros detalles de «Tristán é Isolda». Sólo para cada uno de sus actos necesitaríamos la extensión que ya llevamos empleada en esta crónica.

El propósito del cronista no es otro que el de revelar el carácter y los conceptos que la obra contiene, conocimiento fundamental, imprescindible para quien tenga la fortuna de oir «Tristán é Isolda» como espectador y no como crítico.

En cuanto á la interpretación, la primera y la tercera han sido, indudablemente, majistrales. Es de lamentarse que la señorita Weidt (Isolda) no se haya sostenido después á la altura de sus primeras interpretaciones. El tenor Ferrari Fontana (Tristán) ha continuado incomparable en las sucesivas noches. La belleza de su labor atestigua su admiración por el maestro.

Sociedad Argentina de Música de Cámara

En el salón *La Argentina* dió esta sociedad el 10 del corriente su novena audición dedicada á obras de la escuela rusa. Componían el programa tres cuartetos; de Gretchaninow, Borodin y Glazounow respectivamente, siendo estos últimos los dos mejores del programa. Los tres pripimeros tiempos del cuarteto de Gretchaninow (op. 2, sol.) se resienten demasiado de la influencia de Tchaikowsky.

En el «finale» la melodía se hace más personal, notándose todavía, sin embargo, la persistencia sobre algunos ritmos particulares del maestro citado.

La obra de Borodin constituyó sin duda el número saliente del concierto. El «scherzo» que se hizo bisar es una página admirable, aún cuando el tema no se presta para la construcción de un «prestíssimo», siendo así que el motivo pierde en el final toda la claridad con que está

expuesto en el trozo de las armónicas, cuyo ritmo, más tranquilo, permite apreciar mejor la delicadeza poética de esta página insuperable.

Es, sin disputa, la mejor obra de Borodin que se haya ejecutado entre nosotros.

Los intérpretes merecen un franco aplauso, en especial el señor Vilaclara.

El cuarteto último, de Glazounow, es una obra sumamente exótica para nosotros, pues de las tres ejecutadas en esta audición es la única que con exactitud responde á un título de música nacional. Todo el tercer tiempo (andante) está construido á base de música popular rusa, y en general, la sujeción estricta á los ritmos típicos del baile y de la canción afectan un poco el mérito total de este cuarteto. En partes, el motivo popular aparece demasiado escueto, desprovisto de conjunto, y esto dá también á la obra cierto carácter impersonal. No llega, sin embargo, á disgustar, en mérito al exotismo que el género de la obra supone para nosotros.

El autor se ha reservado para el «finale» los comentarios, y es en ese tiempo en el que destaca indudablemente.

Es una página llena de brío, tratada con el espíritu á la vez vigoroso y fugaz que caracteriza á los aires populares rusos que nos hizo conocer en la página anterior.

Esta similitud íntima autoriza á considerar á Glazounow como el más nacional de los autores que figuraban en el programa de esta audición.

Los señores Fontova, López Naguil, Sánchez Soler y Vilaclara nos han proporcionado una hermosa fiesta musical cuyo éxito se debe, ante todo, á la inteligencia con que abordan su cometido.

JUAN PEDRO CALOU.

NOTAS Y COMENTARIOS

Juan Jacobo Rousseau.

Ha sido conmemorado en estos días el segundo centenario de Juan Jacobo Rousseau. Es sin duda una fecha que ningún pueblo civilizado puede pasar por alto, como que no ha habido corriente literaria, política ó social del siglo XIX que no tuviera su origen, en parte al menos, en el triste corazón y en el confuso cerebro de aquel hombre extraordinario. Del romanticismo, del sentimiento lírico de la naturaleza, de la apoteósis de la pasión y del yo, de la literatura burguesa y realista, del igualitarismo, de la creencia en la natural bondad del hombre, del odio á las leyes y á la autoridad, de la supresión del régimen social, de todo eso y de mucho más que ha llenado el siglo XIX, se prolonga sobre el XX y así ha influído sobre los autores de novelas como sobre los de constituciones, de todo eso ha sido el padre Rousseau.

Zola pudo ampararse de él con igual derecho que Chateaubriand; la revolución francesa con igual derecho que el anarquismo contemporáneo. Todo el siglo último ha vivido de su endeble catecismo político y social, frente, sin embargo, de tantos movimientos grandes y generosos.

De dos fuerzas eminentes dispuso Rousseau: de la sinceridad del sentimiento y de la obstinación en un razonamiento falaz. Adivinó el despertar de la sentimentalidad en una sociedad cansada de los áridos juegos de la razón, y presintió la pasión igualitaria de la humanidad que surgía. Su potencia creadora no tiene precedentes y por ella triunfó, ejerciendo sobre casi dos siglos una influencia sólo comparable á la ejercida por Aristóteles en la Edad Media, y aún más vasta si bien se considera.

¿Benéfica? ¿Perniciosa? Las opiniones están divididas, y ahora precisamente vuelven en torno de él, hecho un símbolo, á chocar los adversarios irreconciliables más tenazmente que nunca. En una sola cosa concuerdan ambos bandos: en inclinarse, como ya lo hizo uno de sus más violentos detractores, «con un horror sagrado, frente á la grandeza y el misterio de su acción sobre los hombres».

Rubén Darío.

Rubén Darío ha vuelto una vez más á estas playas, ¿quién no lo sabe á estas horas? El lector probablemente no se extrañará de que no le presentemos á Darío ni le digamos qué ha escrito y qué ha hecho. ¿Habrá algún número de NOSOTROS en que no se le haya citado con cariño y admiración?

Si Garcilaso resucitara y viniese á visitarnos, no se nos ocurriría ciertamente recordar que le debemos las *Eglogas* y el triunfo del endecasílabo en castellano y la introducción en nuestra lengua de aquel dulce estilo pretarquista que tanto bien y tanto mal produjo. No es otro el caso de Rubén; que, *mutatis mutandis*, él ha sido el Garcilaso en 1895.

En su hora, cuando las filas de nuestros hombres de letras se estrechen alrededor del Maestro, para ofrecerle en una ó en varias fiestas de arte el homenaje de su admiración, daremos cuenta detallada de lo que se haya hecho y dicho de bueno.

Por el momento vaya para el querido poeta, nuestra más cordial bienvenida.

La Revista de América.

Ha aparecido el primer número de esta revista que se publica en París bajo la dirección del distinguido escritor peruano don Francisco García Calderón.

«La Revista de América» tendrá seguramente un gran éxito. No puede suceder otra cosa, prestigiada por un escritor tan reputado en los países hispano-americanos como es el autor de «Profesores de idealismo». Inteligencia fuerte y serena, García Calderón llamó la atención desde muy joven y Rodó prologó elogiosamente su primer libro. Frecuenta la amistad de grandes filósofos y de sociólogos

ilustres; es hombre de vasta erudición; ha escrito libros vigorosos; es un verdadero crítico. Recientemente Rubén Darío ha publicado en «Mundial» una página sobre el director de «La Revista de América», como comentario á la *cabeza* que ha dibujado Vázquez Díaz.

«La Revista de América» se inicia llena de entusiasmo y decisión. «En resumen, — dice el artículo-prólogo de la dirección, — aspiramos á reunir en una publicación libre, abierta á todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, á los mejores escritores del nuevo mundo latino. Tal ambición es un acto de fe. Creemos en los admirables destinos del continente, en la raza ardiente, curiosa, liberal, que creará mañana genios como ayer caudillos y libertadores».

El primer número contiene tres bellos sonetos de Rubén Darío; un interesante artículo de Gómez Carrillo sobre el ya célebre escultor argentino Zouna Briano; un trabajo en francés del eminente historiador brasileño Oliveira Lima sobre el Brasil y los extranjeros; un estudio crítico de Blanco Fombona sobre la personalidad de Don Juan Montalvo; versos de Amado Nervo; y una deliciosa novela dialogada de Angel de Estrada (hijo). Además, entre las secciones permanentes, Ventura García Calderón describe «La vida de París»; Jean de Gourmont pasa revista á las letras francesas; José de Astorga estudia la vida política; José Veríssimo, el Sainte-Beuve brasileño, las letras de su país, y Don Manuel Gálvez, publica su artículo inaugural de la sección de letras argentinas, á su cargo (1).

«La Revista de América» será un vínculo de unión entre los escritores de hispano-américa. Revista de *èlite*, su aparición debe ser señalada como un acontecimiento literario.

NOSOTROS.

---

(1) En este artículo, en el cual, á vueltas de algunas enormidades se leen muchas cosas interesantes y bien inspiradas, habla el señor Galvez, con cuya colaboración nos honramos últimamente, de «los jovencitos que escriben en NOSOTROS». No sabemos si se refiere á todos nuestros colaboradores ó á una parte de ellos; sea como sea, creemos oportuno dejar establecido que de los doce distinguidos hombres de letras que el señor Galvez salva del olvido, siete han escrito una ó más veces en las páginas de esta revista. Son los señores Bunge, Estrada, Payró, Quiroga, Rojas, Sicardi y el malogrado y querido Florencio Sanchez. Otros nombres también han figurado en éstas páginas, los cuales, bien que el articulista no los cite y bien que no aspiren al premio Nobel que él pretende adjudicarle á Almafuerte, gozan asimismo de la merecida consideración intelectual de sus contemporáneos. Y á su lado están *los jovencitos*, algunos con talento, otros sin él, que eso es cosa que no ha de sorprender á nadie.